

En primera

Ennio Tucci

COLECCIÓN CONTINENTES

EN PRIMERA

Ennio Tucci

EN PRIMERA

VI Bienal Nacional de Literatura
Rafael Zárraga



1.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2023

En primera

© Ennio Tucci

DISEÑO DE PORTADA

Greisy Letelier

FOTOGRAFÍA DE PORTADA

Lluvia en el parabrisas, E. T.

CORRECCIÓN

José Jenaro Rueda

DISEÑO, DIAGRAMACIÓN Y CONCEPTO GRÁFICO

Sonia Velásquez

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C. A., 2023

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, urbanización El Silencio,
municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

Teléfono: (58 212) 485.0444

www.monteavilaeditores.gob.ve

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

DEPÓSITO LEGAL: DC2023001608

ISBN: 978-980-01-2410-9

VEREDICTO
VI BIENAL NACIONAL DE LITERATURA
RAFAEL ZÁRRAGA

Nosotros, Benito Irady, Sol Linares y Benjamín Martínez, miembros del jurado de la VI Bienal Nacional de Literatura Rafael Zárraga, dedicado en esta edición a la novela corta, luego de haber leído y evaluado cada una de las obras participantes, hemos decidido otorgar por unanimidad el primer lugar a la novela *En primera*, presentada bajo el seudónimo Pepino Branca, cuya autoría corresponde al escritor Ennio Tucci, por desplegar una emotiva novela de acciones marcadamente cinematográficas, en la que una mudanza es el escenario del absurdo, la tensión, el patetismo y la ternura de un héroe poco común en la literatura venezolana: un padre desmoronado por la desintegración familiar. Este relato íntimo compone a la perfección un libro de viaje, la ventana de un Volkswagen que viaja a 20 kilómetros por hora sirve de observatorio a un país en crisis y a los profundos planteamientos humanos de personajes en situaciones adversas. Novela atractiva, hilarante y creativa para presentar un drama común a nuestra sociedad y que termina siendo profundamente esperanzadora.

Veredicto que se dicta a los nueve días del mes de octubre de 2023.

Benito Irady

Sol Linares

Benjamín Martínez

*Para Ana, Violeta y Antonella,
cuando cantan conmigo todo viaje tiene sentido.*

La crisis comenzó mucho antes de notarla y al darnos cuenta ya habían pasado cuatro años. La pareja se quedó sin espacio. La casa se nos llenó de juguetes por la sala, la escalera, la terraza y el comedor. Ahora solo queda este auto chocado que viaja con nosotros, las deudas, una pila de recuerdos regados por todas partes y los libros, dos bibliotecas que deben separarse y dos hijas demasiado pequeñas para entenderlo.

Estoy dejando toda mi vida atrás y no dejo de pensar en las niñas. Mi primera hija, Mercedes, había llegado con toda la preparación necesaria. Desde la operación de varicoceles hasta las tres lecturas del libro *Qué esperar cuando se está esperando*; pasando por el conteo de las contracciones entre la media noche y las siete de la mañana; los nervios propios de dos padres primerizos que querían serlo; el médico que forzó el nacimiento con una inyección, además se afanó en terminar tan rápido que le rompió la clavícula al nacer y no dijo nada.

Así es, nació marcada por el dolor y nos dimos cuenta muy tarde, cuando una protuberancia esférica le salió bajo el cuello y gracias a una radiografía encontramos explicación a su llanto infinito, su insomnio, nuestro desvelo, su inapetencia a la teta después del primer biberón y la posterior mastitis crónica.

Margarita, en cambio, llegó a toda velocidad. A las once de la noche comenzaron las contracciones y a la una y media de la madrugada ya había nacido. Desde entonces es apasionada y tiene deseos de ir más rápido. Le gustan las emociones fuertes, dar volteretas, correr, ponerse de cabeza, saltar. Y adora a su hermana mayor. Siempre le lleva el tetero, pide más para su hermana y le hace cualquier favor que le pida. Una vez hasta la defendió de un niño más grande que ella y ni siquiera sabía hablar.

Cuando Margarita venía en camino compramos un volvuguito negro que se nos hizo como un tercer hijo. Un Súper escarabajo negro que viajó con nosotros desde entonces y fue asistido por los malandros en dos ocasiones. La primera, un 24 de diciembre, justo frente a la casa nos rompieron la ventanilla triangular del conductor para robarnos la batería, rompiendo candados y todo.

La segunda, dos eneros más adelante, un grupo de vagos armados y borrachos encontró divertido romper la ventana del conductor y ponerlo en neutro para verlo rodar calle abajo. El carro se subió a la acera y se estrelló contra la pared de un vecino dejando abierto el maletero del frente, sacaron la caja de herramientas y el gato hidráulico, cosas que esa misma mañana le estarían ofreciendo en venta a mi hermano menor en el barrio. Eso sucedió este año. Así que comenzamos juntos, reparando nuestros choques como reparando un corazón roto.

Aquella mañana se contaban veinticuatro días del primer apagón general del país, primera promesa cumplida por un loquito que se proclamó Presidente de la República en medio de una manifestación a inicios de año. Cosas que solo pasan en Venezuela.

Una semana antes habíamos firmado los papeles que disolvían todo y acordado el régimen de visitas, y hacía dos días bajamos el motor y la caja al escarabajo para reparar la segunda, porque estaba pegada. En horas de la noche, la carga para viajar a Mérida con la primera parte de la mudanza estaba lista en la sala: una bicicleta, la computadora completa, dos impresoras, algo de papel y tintas; una prensa de madera, dos guillotinas, una lámpara de mesa, dos maletas de ropa, un compresor y varias herramientas. El carrito debía soportar todo y rodar bien por más de catorce horas.

Hicimos una prueba en la tarde, para determinar el lugar correspondiente a cada cosa en el pequeño espacio de nuestro Volkswagen. El asiento trasero iría en el techo, amarrado

a la bicicleta para dar espacio a una especie de maletero interior que permitiría meter todo y dejar despejada la vista del parabrisas trasero.

Aquella noche tampoco había electricidad y nos retrasamos reparando el techo de la casa en medio de la oscurana. Yo era el conductor a cargo y debía dormir, pero no pude pegar un ojo hasta entrada la medianoche; justo a las tres de la madrugada llegó la electricidad, nos pusimos en marcha a cargar el escarabajo con todo lo previsto y a cocinar algo para el camino.

A las cinco de la madrugada ya estaba todo dentro del carro, incluyendo las botellas de gasolina y las arvejas con yuca. Quince minutos después comenzamos a empujarlo hacia la calle. El arranque se había fundido dos días antes en una vuelta de prueba, por lo que otra vez tendríamos que prenderlo empujado. Después del segundo intento el motor estaba en marcha y podíamos salir.

Me bajé para abrazar a los negritos, quienes se quedarían cuidando la casa en condición de guardianes. Mamá y yo debíamos atravesar más de mil kilómetros de carretera con una mudanza cuyo único aval era una constancia que nos firmó el consejo comunal detallando todo lo que llevábamos.

La primera hora transcurrió sin inconvenientes, con las calles solitarias y oscuras, pudimos llenar el tanque de gasolina al salir de la ciudad, presentamos la constancia de mudanza a la primera alcabala y nos encomendamos a Dios haciéndonos la señal de la cruz.

El tema de conversación siempre fue el mismo durante la primera hora, todo rompimiento es difícil y más cuando hay niños, hasta que un policía nos hizo detener para preguntarnos la hora, una razón bastante impertinente en medio de la madrugada. Justo estábamos saliendo de Sabaneta y pensamos que se enamoraría o pediría «pa'l fresco», como es

tradición en el país. Solo nos preguntó la hora y para dónde íbamos; al escuchar que para Mérida, peló los ojos y dijo: «naguará de lejos», y nos dejó seguir.

Debí tomármelo con calma, pero se hizo presente mi habitual miedo a los uniformados, a quienes temo más que a los delincuentes, entonces empujé de más la palanca de cambios, la caja de velocidades traqueteó más fuerte que de costumbre y se quedó pegada en primera sin posibilidad de sacarla.

Esa reparación que hice días atrás con la ayuda de Bibi había sido justamente esa, despegar una velocidad. Algo muy sencillo, considerando que dos personas sin mayor experiencia pueden hacerlo bajando el pequeño motor y la caja de velocidades con la ayuda de un gato, abriendo la tapa del varillaje y con un destornillador haciendo palanca para levantar el pasador de la primera, para luego cerrarlo y poner todo en su sitio. Yo recordaba todo el procedimiento y, si era necesario, tendría que hacerlo yo mismo para ahorrar el dinero que no tenía. Bibi se había conformado con algunos kilos de harina y arroz en forma de pago, pero eso fue más por la confianza de ser los más flacos de la calle, quizás por los años que teníamos conociéndonos y tal vez un poco de solidaridad.

Avanzamos pegados en primera, oficialmente accidentados en un carro de cuarenta y cinco años de antigüedad que se quedó pegado al comienzo de un viaje que requiere por lo menos catorce horas. La decisión más sabia era dar vuelta y regresar, llevar el carro al mecánico y repetir el procedimiento anterior para reparar correctamente el problema, pero en momentos así uno no piensa bien las cosas y busca la forma de aferrarse al plan. La palanca estaba pegada en primera, pero el carro seguía andando.

Aquel viaje era una huida en defensa propia y estaba convencido de que no podría ser de otra forma. Los meses anteriores transcurrieron entre descubrimientos difíciles de procesar en

el fin de una relación que duró quince años. Sumada a los cambios de rutina, una fila de rostros compungidos por lo sucedido y unos cuantos «yo no quería decirte, pero...», que en lugar de consolar hacían más grande el problema.

—Coño, mamá, se pegó la primera —alcancé a decir, mientras giraba la palanca de un lado para el otro tratando de hacer lo que alguna vez vi hacer a Goyo, en el taller mecánico de escarabajos.

—¿Qué? ¿Otra vez? ¿Pero eso no lo habías arreglado ya?

—Sí, pero como me puse nervioso le di muy fuerte y la volví a trabar.

—¡Cónchale vale! Con lo bien que íbamos —dijo, poniéndose una mano en la frente—. ¿Pero qué vamos a hacer ahora?

—No sé, no sé —le respondí—, estoy tratando de engancharla. Una vez Goyo lo hizo y la sacó.

—Ay no, yo creo que debemos regresar —dijo ella—. Así te da tiempo de repararla bien y viajamos otro día.

—Coño, coño, coño, con lo que nos costó salir —dije, mientras forcejeaba con la palanca y entonces recordé que en el pueblo siguiente vivía Pedro, un viejo amigo de mi anterior empleo.

—Creo que estamos cerca de Urumaco, ahí vive Pedro —le dije—. Él tuvo un escarabajo amarillo y puede ayudarnos.

—¿Y él te puede ayudar a repararlo?

—Él también tuvo un Volkswagen, era amarillo y le llamaban El Pollito; su casa queda casi a la orilla de la carretera y es fácil llegar.

—¿Tú estás seguro que nos puede ayudar?

—Claro, yo sé hacerlo y él puede ayudarme. Además, seguro tendrá algunas herramientas o me las puede conseguir en el pueblo.

—Si tú dices que nos puede ayudar, vamos con Pedro entonces —dijo mamá, con entusiasmo, y la cara le cambió de semblante; es posible que estuviera más esperanzada que yo.

—No parece preocupada —le dije.

—No vale. Si tú lo sabes reparar y dices que él te puede ayudar, pronto arreglamos el carrito y seguimos con el viaje. Eso no te tomará mucho tiempo o sí?

—En menos de una hora lo resolvemos; tal vez nos tome un poco más de tiempo, pero no es mucho.

Aún estaba oscuro, pero en su rostro era posible ver una sonrisa y en su tono de voz un aire de confianza; incluso era contagiosa su alegría andando a tan baja velocidad.

Llegamos al cruce hacia Pedregal bajo un cielo violeta; lentamente bajamos hacia el puente de metal y llegamos a la casa de Pedro con la primera claridad del día. Apagué el carro y me bajé para tocar la reja. Al abrirse la puerta, su esposa no me reconoció al momento; habían pasado ya tres años sin vernos, pero su hija menor sí lo hizo y nos permitió entrar. Pedro salió secándose la cara con un paño y se sorprendió mucho por nuestra visita:

—Mi hermano, que sorpresa tenerlo por aquí! ¿Qué me le pasó? —dijo Pedro, mientras me recibía con un abrazo—. Disculpe por recibirlos así, pero es que no hay luz y tenemos días durmiendo hasta tarde. Tanto tiempo sin verlo.

—No, vale. Discúlpanos tú por llegar a esta hora. Imagínate, llegamos a despertarlos —dije muy apenado, era la segunda vez que lo visitaba en su casa y ahora en unas condiciones bastante lamentables—. Te presento a mi mamá.

—Mucho gusto, señora —dijo Pedro, extendiéndole la mano.

—Mucho gusto y buenos días —respondió mamá.

—Pero pasen y se sientan —dijo, mientras su esposa y su hija salían de la casa con unas sillas—. ¿Qué le pasó? ¿Qué hace por aquí?

—Hombre, es que decidí mudarme para Mérida de nuevo y nos accidentamos saliendo de Sabaneta —dije rápidamente.

—Se pegó la palanca en primera —intervino mamá.

—Eso mismo —dije.

—Entonces él se acordó que usted vivía aquí y decidimos pasar a ver si nos podría ayudar —completó mamá, hablando con más calma.

—Sí, es que me acordé que tú tenías tu «pollito» amarillo y seguro podrías echarme una mano para repararlo —dije—. Yo sé hacerlo, pero no tengo herramientas, el gato, las llaves, el destornillador de paleta. Eso me lo robaron hace unos meses en Mérida.

—Sí, bueno, el pollo lo vendimos hace un par de años y ya no tengo herramientas. ¿Pero usted lo sabe hacer? —preguntó Pedro.

—Sí, sí, yo lo hice con el mecánico de mi cuadra y recuerdo todo el procedimiento. No hacen falta mayores cosas, solo un gato, una llave 9/16, una llave media, un destornillador de paleta y un alicate —respondí con total seguridad.

—Ah, bueno, hermano, entonces no se diga más —dijo Pedro—, yo te ayudo. Pero es muy temprano y el compadre todavía debe estar durmiendo. Vamos a tomarnos un cafecito y nos ponemos al día.

Desde mi renuncia al trabajo solo nos habíamos visto dos veces: en la Feria del libro y cuando Merlín entregó la dirección de la oficina, aunque yo estaba fuera, igual ella me hizo parte de ese momento.

Los hijos de Pedro estaban mucho más grandes de como los recordaba, pero la adolescencia les sentaba bien a los dos; el menor se había dado un estirón y era más alto que sus padres, mientras la hembra esperaba para comenzar la universidad.

Mi semblante no era el mejor, pero Pedro supo conservar la compostura y evitar los comentarios alusivos a la situación; mientras tanto hacía preguntas tratando de no ser imprudente.

—¿Y eso que se va para Mérida? —me preguntó.

—Bueno, es que sabes que me estoy separando y pues la cosa no ha sido fácil.

—Cónchale, sí me habían contado algo la última vez que fui a la oficina —dijo—. Y con la situación como está.

—Sí.

—Aparte ya las cosas no son como cuando trabajabas con nosotros. Desde que agarró esta gente a uno no lo toman en cuenta para nada; todo lo hacen allá y para los pueblos nada. Ya ni nos llaman a reunión —me dijo, como para cambiar el tema.

—Uno también se ha desilusionado de alguna gente que habla mucho y hace poco.

—Exacto. Pues bueno, yo estoy aquí en el pueblo y trabajo con el alcalde, las muñequetas, las tejedoras. Ciro viene de vez en cuando con algún poema o cuento y su botella de cocuy que no le falta.

—¿Y cómo está ese viejo? —pregunté.

—Pues todavía viene de vez en cuando a buscar la pensión.

Continuamos hablando y en una hora nos pusimos al día, mientras mamá conversaba con la esposa de Pedro y los muchachos salían y entraban de la casa con bolsas en las manos. Poco después, nos sirvieron café y nos invitaron a desayunar. El perico con queso que hizo su hija nos supo a gloria y el café tenía azúcar, algo que figuraba entre los productos sacados a la fuerza de nuestra dieta diaria. Nos trataron como reyes.

Pasadas las nueve de la mañana y luego de mucha conversa, visitamos a su compadre para traer un gato hidráulico y él mismo nos prestó las herramientas más básicas que tenía.

En un par de horas hicimos todo, desocupamos la parte trasera del carro, bajamos el motor y la caja de velocidades sin separarlos; yo hice el ajusté del acople de caja y el varillaje metido debajo del carro. Mientras lo hacía, un chorro de valvulina se escurrió por mis manos hasta mis codos mientras mamá y Pedro equilibraban el motor y la caja sobre el gato hidráulico. Al cerrar la tapa y colocar los tornillos, el trabajo quedó terminado y ellos empujaron nuevamente para volver a fijar la caja y el motor en su sitio. Su hija nos tomó una foto, que conservo como un recordatorio de las ventanas que se nos abren en medio de la dificultad.

Todo salió perfectamente esa mañana, hicimos una vuelta de prueba por la urbanización y a las once de la mañana estábamos listos para cargar todo y continuar con nuestro viaje. La esposa de Pedro salió de la casa y nos invitó a entrar, nos ofreció el baño para quitarnos la tierra y la grasa.

—Aprovecha y te bañas para que sigas el viaje más fresco —me dijo—. Y la señora Ana también.

—Muchas gracias —le dije, y busqué mi ropa.

—No, tranquila, yo prefiero lavarme las manos —respondió mamá—. Él sí debería bañarse porque se arrastró debajo del carro y se bañó de grasa.

Yo enfilé hacia el patio a bañarme y mamá se quedó en el frente conversando con ellos. Al regresar, había movimiento en la cocina.

—Ahora sí se ve más descansado —dijo Pedro—, si quiere se acuesta un rato, yo te pongo el chinchorro.

—No, tranquilo —le dije—, es que queremos agarrar carretera porque son muchas horas hasta Mérida.

—Por eso, es mejor que descanses —me dijo—. Además, ya vamos a almorzar y no se van a ir con el estómago vacío.

—No, hombre, es que me da pena —le dije—; llegamos de improviso y ya nos ayudaron mucho.

Mamá y yo nos miramos, tal vez pensando lo mismo. Porque no estaba en nuestros planes llegar a esa casa, ocuparles por tanto tiempo y menos quedarnos a comer. En esos días la comida era escasa y lo menos que queríamos era molestar.

—Es que no queremos molestar, señor Pedro —dijo mamá, apenada.

—Claro, y ya nos ayudaron mucho —dije yo—. Hasta desayuno nos dieron.

—Eso no es molestia. Aquí vamos a comer todos. ¿Les gusta el pescado frito? —preguntó la esposa.

—Claro que nos gusta —respondí yo, mientras me echaba a reír con mamá, quien tenía el mismo rostro de ilusión que yo.

—Pues no se hable más, ahora los llamo —dijo la señora y entró a la casa.

—Listo, si quieren algo más me dicen —dijo Pedro—. Se pueden recostar un rato. No les ofrezco el cuarto del aire porque no hay luz, pero les pongo el chinchorro en el frente y descansan.

—No, no, tranquilo —dijo mamá—, estamos bien. Ustedes han sido muy amables con nosotros. Nos han atendido de maravilla.

—Es lo de menos, tenía mucho tiempo sin ver a mi hermanito.

La hospitalidad de Pedro y su familia nos hizo quedarnos unas horas más. Mamá y yo estábamos sorprendidos y felices de encontrar gente así. Yo realmente estaba más tranquilo en aquella casa; por un momento me sentí querido y acompañado. El agradecimiento nos rebozaba, nos hacíamos comentarios en voz baja sobre su hospitalidad y lo bien que nos hacía en ese momento.

—Esta gente te quiere mucho —me decía en voz baja, luego de escuchar alguna memoria de Pedro sobre el trabajo que hicimos con las tejedoras de su pueblo, las muñequeras, las ferias del libro y los encuentros de trabajadores.

Nos ofrecieron dulces de leche y nos dieron fiadas algunas barras para la familia que nos esperaba en Mérida. Durante toda la mañana algún chiste nuevo se metía en la conversación y reímos mucho. De verdad nos hacía falta reír.

A las dos de la tarde volvimos a la carretera. Pedro y su familia insistían en que nos quedáramos un día más con ellos y saliéramos al día siguiente, pero no había cómo comunicarnos con quienes nos esperaban en Mérida y queríamos completar la ruta.

Lo primero fue detenernos en la estación 1.º de Mayo, saliendo del pueblo de Urumaco para recargar gasolina. En mis dos viajes anteriores a Mérida, la autopista Lara-Zulia, costa oriental y zona sur del lago de Maracaibo estaban secos de combustible. Surtimos y aprovechamos para llenar un par de botellas más con gasolina para el viaje.

Era la cuarta vez que hacía este viaje y la primera vez que no estaban las niñas. El primer viaje se nos trastocó cuando nos robaron la batería frente a la casa en la mañana del 24 de diciembre y, como ya era tiempo de crisis y no habían baterías a la venta, tuvimos que esperar un año para agarrar la Falcón-Zulia, luego la Lara-Zulia, la carretera Panamericana hasta Valera. Nos perdimos saliendo hacia Timotes y terminamos

en La Puerta, desde donde debimos dar una vuelta por una carretera vieja hasta Timotes para subir al páramo, llegar al pico El Águila y comenzar a bajar a Mérida. Más de dieciséis horas de viaje atravesando el páramo y solo dos inconvenientes con el Vocho. El segundo, bajando hacia Apartaderos, el carro se apagó en una planicie y tuve que bajarme a empujar en medio del frío de las seis de la tarde, entonces un camión pequeño se detuvo a un lado y se escuchó la voz del conductor decir, en perfecto acento andino: «Se me bajan a ayudar al señor o no llevo a nadie», y cuatro hombres saltaron de la plataforma para empujar conmigo hasta la bajada.

Luego, en agosto de 2018, repetimos el viaje de Coro a Mérida. Las niñas podían estar solas en el asiento trasero y esta vez seguimos la ruta habitual, por la Panamericana hasta El Vigía y Mérida. En ese viaje las niñas jugaban a esconderse detrás, a gritar y brincar mucho en el asiento trasero. Cada vez que pasábamos por una alcabala les decíamos: «A sentarse, a sentarse que están los guardias», y se sentaban quietecitas mientras pasábamos. A mitad del camino comenzaban a preguntar «cuándo llegaremos», pero cerca de las dos de la tarde comenzó a llover y durmieron hasta llegar a Mérida al final de la tarde.

El tercer viaje fue en diciembre y fue el más triste que hice hasta ese entonces. Era el viaje de la separación y, aunque volvería a reunirme con mi familia materna para año nuevo, también dejaba atrás un proyecto de familia y a mis hijas por primera vez. En esa ocasión me costó mucho encontrar la salida de la ciudad; ese día estaba desorientado, daba vueltas errantes por la ciudad sin encontrar por donde salir, hasta que en un momento decidí manejar en línea recta y en unos minutos ya estaba en la Falcón-Zulia; ya eran las tres de la tarde y no podría viajar tanto tiempo solo de noche, así que tomé el celular y llamé a Alexis en Dabajuro. Seguro estaría llegando

a su casa entrando la noche. Le pedí posada por unas horas para salir de madrugada y él me ofreció una hamaca, si no tenía inconveniente.

El recorrido lo hice a toda velocidad y le di la cola a todo el que pude. Primero, un muchacho de quince años que llevaba unas bolsas de comida para su casa, en unos caseríos más adelante; luego una señora que viajaba de Sabaneta a Urumaco; y finalmente, dos muchachas con un niño pequeño se montaron en medio de la nada y se bajaron en medio de la nada. Al llegar, Alexis tenía el compromiso de cantar en el cumpleaños de un ahijado y me invitó. Yo no estaba para fiestas, pero él se encargó de levantarme el ánimo; me presentó como su amigo el poeta y escritor frente a todos, fue reconfortante encontrarme con tanta gente y verlos celebrar, mientras la tristeza me mantenía retraído en mi silla.

A las cuatro de la madrugada salí rumbo a Mérida, antes de entrar a Mene Mauroa, el cielo se iluminó por unos instantes como si alguien hubiera encendido por un momento la luz del día y hasta los árboles sombríos de la noche mostraron sus verdes naturales. Al llegar al pueblo, una guaya de alta tensión se incendiaba en medio de la carretera impidiendo la entrada y en lo alto dos líneas más saltaban y echaban chispas. Yo estacioné, junto con un camión de encomiendas, unos treinta metros lejos de las llamas y me bajé a mirar un poco más de cerca. Pasados unos minutos el incendio había pasado, dejando solo un pequeño hueco en la carretera y pudimos pasar rápidamente sobre el asfalto caliente. Al entrar al pueblo tomé el desvío directo hacia Cabimas, donde vi el amanecer desde el Vocho. Más tarde, luego de recorrer desde Agua Viva hasta Caja Seca sin encontrar bombas abiertas, surtí gasolina en Dividive gracias a unos policías a los que les di la cola y me ayudaron a llenar el tanque y un par de botellas más. Llegué a Mérida a las doce del día y en el carro solo

traía ropa, unas mandarinas, una arepa que me guardó la esposa de Alexis y dos litros de agua.

Este recuento de viajes se lo hice a Mamá durante las primeras horas porque no quería hablar de la separación en ese momento, pronto pasaría nuevamente por Dabajuro y tenía muchas ganas de llorar. Las niñas me pasaban por la cabeza a cada momento. Los últimos días con ellas fueron difíciles, hacía el trayecto para visitarlas a pie o en bicicleta, caminaba y las hacía caminar kilómetros para estar juntos. Angélica me acompañó un par de veces a llevarlas o traerlas, hicimos paradas en el parque para que no sintieran que estábamos tan mal. Eran tan pequeñas.

Mamá comenzó a contarme de su trabajo, de las veces que había hecho inspecciones en la zona occidental del estado Falcón y cómo la trató la gente de allá. Los cuentos de las carpas donde hacían jornadas para los productores y campesinos de la zona. Las veces que Jorge y los muchachos se enamoraron por allá, Hermes, José Luis, Cristina y otros, entraban y salían de su historia continuamente. Las comelonas, la revolución que sentían en los huesos cuando un productor campesino se llevaba su título de tierra.

Hasta que llegamos al puesto de control policial de Dabajuro, donde un policía nos orilló, pero de inmediato nos mandó a seguir cuando vio llegar una camioneta del año manejada por un muchachito. Los guardias y policías de los puntos de control anteriores solo preguntaban a dónde íbamos y qué llevábamos; cuando les decíamos que era una mudanza para Mérida, le daban un vistazo al carro y nos dejaban seguir. Algunos se echaban a reír o se sorprendían.

Seguimos en ruta, esta vez cantando un largo popurrí de canciones de Juan Luis Guerra, Silvio Rodríguez, Pablo Milanés, Alí Primera, Oscar de León y muchos más, considerando que el carrito no tenía reproductor.

—Mamá, ¿te acuerdas de esa canción que dice: «¡Cómo gasto papeles recordando!» —comenzaba yo, y mamá continuaba.

—«Como me haces hablar en el silencio...» —cantaba ella y continuábamos los dos un largo trecho hasta que alguna parte se nos olvidaba o repetíamos el mismo estribillo más de dos veces.

Al llegar a Mene Mauroa volví a tomar el desvío hacia Cabimas, para ahorrarnos una hora de viaje. Sabía que podrían pararnos en el punto de control, pero me sentía con más confianza que en diciembre y esta vez aún era de día.

—Hijo, yo no conocía esta vía —dijo, algo preocupada al entrar al trecho de tierra—. ¿Es seguro meterse por aquí?

—Pues me la recomendó Alexis y yo pasé de madrugada en diciembre, no se veía casi nada; ahora por lo menos se ve mejor el terreno —respondí con seguridad.

—¿Pero estás seguro de que este carrito puede pasar por aquí? Recuerda que estamos cargados de mucho peso.

—Bueno sí, hoy no puedo correr sobre la carretera de tierra —le dije—, vamos a tardar un poco más, pero llegaremos bien.

—Mira que son casi las seis de la tarde, ¿no se nos hará de noche por aquí?

—Pues yo creo que en una hora estaremos en Cabimas y ya será otro cantar. Por aquí es rápido. Si hubiera conocido esta carretera antes no me habría retrasado tanto con Chuchi cuando fuimos a llevar los libros de Alejandra hasta Ojeda.

—Si pudiéramos llamar a la casa, podríamos quedarnos en la casa de tía en Ciudad Ojeda —recordó mamá—. A ella hay que llevarla a Mérida un día de estos. Mi mamá quiere ver a sus hermanos y ella es la más cercana. Pero yo no sé llegar a la casa nueva y no tengo un punto de referencia siquiera para preguntar.

—Tú te quedaste ahí varias veces, creo —dije, mientras llevaba el carro por el borde del camino para evitar los grandes huecos que se abren con la lluvia en los caminos de tierra.

—No, pero era en la casa vieja. Esta casa no la conozco.

Al volver al asfalto ya estábamos cantando otra vez, ahora canciones de Alí Primera. Cuando pasamos por el punto de control no nos preguntaron nada nuevo y nos dejaron seguir. La noche nos llegó pasando Lagunillas. Después del punto de control de la guardia, una gran cantidad de camiones y gandolas de carga estaban estacionados a ambos lados de la carretera, pero nos comenzó a preocupar tras rodar varios kilómetros y ver que la cola de camiones era una caravana infinita.

—¡Compa! ¿Por qué están todos estacionados aquí? —le pregunté a un camionero que recién se bajaba de su unidad.

—Mirá chico, es que están saqueando por la noche y hay que cuidar la mercancía.

—¿En dónde exactamente? —preguntó mamá.

—Señora, dicen que como pasando Dividive, pero es mejor no arriesgarse —respondió el hombre.

—¿Será que seguimos? —me preguntó ella.

—Pues podemos darle un rato más y buscamos dónde parar. Dividive está lejos todavía y nosotros no somos un camión.

—Siempre han dicho que esta carretera es peligrosa de noche, ojalá no nos pase nada.

—Tranquila, eso vamos a llegar bien y sin problemas.

Seguimos en la vía mientras la última claridad del día se iba apagando. Cruzamos a la derecha en la bomba de gasolina de Lagunillas y cuando encaramos hacia la intercomunal, un grupo de muchachos comenzó a salir del monte, estaban encapuchados, cargados de palos y piedras.

—¡Ay mi madre! —exclamamos juntos, y por instinto yo pisé a fondo.

—El tipo dijo que en Dividive, no aquí. ¡Agáchate, mamá! —le dije. Ella se enroscó en posición fetal en su asiento y el carro saltó sobre un policía acostado. Solo sentimos que una piedra golpeó el metal del Vocho, yo los veía por el retrovisor parados en medio de la carretera.

—Ay no, esto está feo. Ojalá no haya más loquitos en el camino.

—La gente está arrecha, mamá. Mira como se hace de noche y en Lagunillas no se ve ni una luz. Aquí tienen años sufriendo por agua, comida y el dinero que no les alcanza. Aparte del calor que hace aquí.

—Hay que tener cuidado, hijo, de aquí en adelante hay que estar pendientes. Es un viaje peligroso. Qué nos íbamos a imaginar nosotros pasar por esto.

—Es que la gente está arrecha, mamá, y con razón.

—¿Y eso que sonó fue una piedra?

—Sí, le pegaron al carrito, yo creo que por el techo.

—Ah, broma, hasta pedradas está recibiendo el carrito en este viaje. Y de paso el brinco ese que se pegó.

—Bueno, es que tenía que acelerar y el policía acostado no se iba a quitar.

—Bueno, sí; si no aceleras, no la estaríamos contando —y se echó a reír.

Avanzamos hasta la intercomunal sin mayor novedad y cruzamos a la izquierda en dirección a Bachaquero. La noche lo cubría todo. A un lado de la carretera las únicas luces eran las estrellas y las luciérnagas. Varios kilómetros más adelante comenzaron a aparecer casas donde solo se veían las pequeñas luces de las velas y algunas fogatas; las sombras de la gente frente a las casas, caminando, sentados en sillas y hamacas. Éramos el único carro que pasaba por ahí. Algunas bicicletas y motos se movían detrás y delante de nosotros por momentos, pero la carretera era totalmente nuestra.

—Mira cómo está la gente resolviendo. Está cocinando con fuego. Alumbrándose con velas. Y ese montón de muchachitos jugando en el frente.

—Como en la prehistoria —dije y me eché a reír.

—Pues viéndolo así no parece tan malo el apagón. Hace unos días esos mismos niños no se separaban de sus teléfonos celulares, la computadora o la televisión.

—Seguramente.

—Pero es en la ciudad, en el campo no pasa eso —dijo ella—. En el campo tienen animales y siembra. Tienen que levantarse temprano a echarles comida, a ordeñar, a arrancar la maleza.

—Yo creo que tal vez no pasa igual en el campo, pero también pasa. ¿No viste a la niña de Pedro? Lo que más le afectaba era no poder chatear con sus amigos. Y ellos viven en un pueblo.

—Bueno sí, pero en el campo la gente es más sana. Siempre se conocen mejor los vecinos y se ayudan —dijo ella—. Fíjate en ese fogón, segurito que más de una familia está haciendo su cena o se turnarán las comidas. Eso también se ve en el campo de Falcón, la gente se ayuda mucho. Como tu amigo Pedro, que nos trató tan bien.

—Esa gente es de primera —le respondí yo—. En el trabajo siempre se destacaban, conocían a la gente, tenían mucho trabajo y mucha organización de los cultores. Daba gusto trabajar con ellos; apoyarlos desde Coro era más bien aprender con ellos a trabajar con los cultores.

—Se nota que son de primera. Ese señor se movió y en un ratito te consiguió las herramientas que le pediste. Y no las tenía en su casa, sino que las pidió prestadas.

—Claro, pero es que también el alcalde del pueblo es vecino de Pedro, vive en la casa de al lado.

—¿En serio? ¡Quién pensaría que en esa calle viviría el alcalde! Esos tipos cuando entran en el cargo lo primero que hacen es comprarse unos caserones o se mudan a una finca.

—Pues este no. O no le alcanzó —y nos echamos a reír.

Llegamos a Bachaquero y las calles estaban llenas de gente caminando de aquí para allá. Un policía dirigía el tránsito en semáforo. Los locales comerciales estaban cerrados, pero mucha gente caminaba al lado de la carretera en un sentido y otro. La cola de carros antecedía por tres cuadras a la bomba de gasolina.

Luego de dejar el pueblo, un policía acostado me recordaba que debía prestar más atención al camino. Llegamos a Mene Grande sin mayor novedad. Solo conversando y observando alrededor, el cielo despejado y brillante, la gente y las pequeñas llamitas dentro de las casas. Lo mejor del Volkswagen escarabajo es que al no correr tanto permite ver más cosas y ver el camino.

Llegamos a la bomba de la Ye, entramos para comer y nos estacionamos en bajada para no tener que empujar el carro. Los granos se habían fermentado, así que solo pudimos cenar con las arepas. Orinamos a un lado del carro. Recargamos gasolina con la que traíamos en las botellas de refresco y volvimos a la carretera dispuestos a viajar de noche.

—Si estás cansado, podemos dormir en algún peaje o en una alcabala.

—No, tranquila. Yo solo quiero llegar ya —le respondí antes de subirme al Vocho.

—Tú me dices.

—Lo que sí me gustaría es un poco de dulce de leche —le dije.

—Pues sí, vamos a comernos uno ya que no pudimos cenar bien.

Retomamos la carretera rumbo a Agua Viva, era el próximo punto de referencia y estaba a más de una hora de distancia. Eran cerca de las ocho de la noche y en la carretera solo un par de camionetas nos habían pasado.

La conversación y las canciones se acabaron. El trayecto lo realizamos con mucho cuidado porque es la parte más deteriorada de la carretera. Mamá se durmió. De pronto, antes de llegar a Agua Viva, aparecieron autos por todas partes alrededor de una bomba de gasolina. Todas las luces estaban apagadas incluso las de los carros. Un flaco estaba en la entrada de la estación.

—¡Épale, compa! ¿Están surtiendo? —le pregunté.

—Sí, dale, métete, pero apaga esas luces.

Mamá se despertó con el ruido de la gente y los motores.

—¿Hay gasolina? —preguntó, mientras se estiraba.

—El chamo dice que sí, vamos a ver si nos llenan algunas botellas. Por lo menos el bidón más grande que me prestó Aarón. Ese es de cinco litros.

—Bueno, dile y le pagamos un poco más. Aunque no tenemos mucho.

—Ah, mundo, un poco más son como quinientos bolos —dije y me eché a reír—. Pero claro, como la gasolina no cuesta nada seguro me los acepta.

—Dale a ver —y me dio el billete.

Nos estacionamos detrás de un Malibú blanco, listos para cargar y le pedimos al hombre que nos recargara unas botellas. Mamá me las pasaba por la ventana tratando de esconderlas. Llenamos el tanque completo, tres botellas de dos litros y el bidón de cinco. Todo por quinientos bolívares.

—Con esto sí llegamos a Mérida —le dije, mientras salíamos de la estación.

—¿Tú crees?

—Yo creo que sí, lo que faltan son seis o siete horas desde aquí. Tenemos gasolina como para 14 horas con esto y la que nos queda en el maletero.

Estábamos felices, nos sentíamos con un pie en Mérida. Los policías que vigilaban la estación de servicio preguntaron adónde íbamos; cuando les dijimos que viajábamos a Mérida, se asombraron.

—¿Y si llegaran en ese carrito? —preguntó uno.

—Este es el cuarto viaje que hacemos con él y todavía nos falta uno —le respondí.

—Seguí, pues; mucha suerte —nos dijo.

Luego de recorrer por esa carretera solitaria, rodeados de estrellas y una sabana interminable, llegamos a la alcabala de Agua Viva y por primera vez nos orilló un guardia:

—Buenas noches. ¿A dónde se dirigen?

—A Mérida —le respondí, mientras buscaba los papeles del carro.

—Es una mudanza —completó mamá, inclinándose para tratar de verle la cara al hombre.

—¿Y tienen permiso para llevar esto? —preguntó el guardia.

—Claro —le respondí—. El Consejo Comunal nos firmó el aval de lo que estamos llevando, solo se quedaron dos motores y una mesa de planchar que no entró.

—¿En serio? —respondió el guardia, echándose a reír. Luego echó un ojo al interior del carro y me devolvió los papeles.

—Vayan con cuidado.

Esa alcabala era el único lugar con electricidad en todo el recorrido y el único lugar donde todo parecía estar normal.

Continuamos la ruta hasta Sabana de Mendoza. Al llegar a El Sabanero, una conocida parada, me causó curiosidad ver tantos autobuses estacionados. Detuve el Vocho en posición de bajada, por si acaso, y me bajé a preguntarle a uno de los choferes.

—Buenas noches compa. ¿Por qué están estacionados todos a esta hora?

—Buenas noches —respondió el hombre, quien me miró de arriba abajo y continuó—. Es que saquearon un autobús en el pueblo de adelante. Estamos esperando que amanezca para que la guardia despeje la vía. A ustedes también les toca esperarse porque con ese carro no van a pasar.

—¿Y cómo fue que lo saquearon? ¿Cómo se enteraron? —insistí.

—Mirá, es que pusieron una barricada y el autobús tuvo que parar. En lo que se paró le salieron unos tipos con pistola y bajaron a todo el mundo. El bus está por allá —me señaló un autobús detenido en la calle—, a los pasajeros les quitaron todo, hasta las maletas. Lo mejor es quedarse aquí hasta que sea seguro.

—Claro, claro, aquí nos quedaremos —le dije y fui a contarle a mamá.

—Me dice que saquearon aquel autobús en el pueblo que sigue. Que les quitaron todo a los pasajeros y al conductor.

—¡Qué peligro! Entonces vamos a quedarnos aquí, Leo —respondió mamá—. Apaga el carrito y esperamos que amanezca.

—Claro, de aquí no nos vamos hasta que salgan estos autobuses.

—Ahora sí podemos aprovechar para dormir. Y tú que no has dormido nada.

Apagué el carro y eché el asiento para atrás. Mamá me pasó una cobija y me puse las manos detrás de la cabeza. Cerré los ojos y las voces comenzaron a escucharse más lejos.

Las pijamadas siempre fueron importantes en mi relación con las niñas; primero, con Mercedes hice pijamadas en el trabajo, donde paramos la producción por un día para jugar con ella. La señora Ana limpiaba el piso. La poníamos a gastear y Jeison le echaba recortes de papel de la guillotina como papelillo. Ella sonreía con sus dos únicos dientes.

Como no tomaba teta pasaba más tiempo conmigo y jugábamos con las almohadas en el suelo del cuarto. Cuando su mamá llegaba a la casa encontraba el cuarto patas arriba y los dos dormidos o jugando en la cama o en ese campamento improvisado.

Más adelante llegó Margarita y, aunque pasó un tiempo antes de integrarse a nuestros juegos siempre tuvo un lugar en ellos. Primero nos observaba desde la andadera o en la piscina inflable que usaba de colchón. Luego sí se metía bajo la tienda que hacíamos con las sábanas o con los cojines de la sala.

Al comenzar con el taller de libros artesanales, ya Mercedes pasaba más tiempo conmigo en casa, y era común encontrar

la terraza llena de juguetes y sucumbir a sus súplicas de juego en la hamaca. Margarita se nos unía por las tardes para jugar en esa cocinita de cartón que le hicimos en navidad. Con legos y piezas de juguetes viejos me preparaban un almuerzo y me ofrecían jugo de manzana o de pera.

A Mercedes ya le gustaba hacer dibujos y los creyones eran su juguete favorito. Se acompañaban ocupando varios espacios de la casa. La cocina de cartón estaba dispersa por la casa. El fregadero en la escalera y el horno en la sala. Arropadas con mantas, las muñecas jugaban a dormirse en la escalera, mientras la mesa de cocina era una silla del comedor. La sala parecía una obra en construcción, con los cojines en vertical haciendo una casita y en el suelo la mayoría de sus juguetes.

Las últimas pijamadas las hicimos el año pasado, cuando no pudimos mantener la guardería de Margarita y ambas niñas pasaban las tardes conmigo en casa.

El reto comenzaba con tratar de elegir un solo juego, pero cada una quería algo distinto. Hasta que comenzamos a acampar sobre la cama. Nos leíamos un libro y dormíamos algunas horas. Yo podía trabajar un rato en los libros artesanales y ellas recuperaban la rutina de la siesta después de comer e inauguraban una rutina nueva conmigo.

Ya tenemos varios meses viviendo en casas distintas y, tanto ellas como yo, deseamos hacer pijamadas como antes, con películas y juegos, cuentos, dulces y cotufas. Nunca pensé que extrañaría dormir por las tardes, costilla a costilla, hasta que Margarita se despertara diciendo: tengo mucha hambre.

De súbito, el silencio fue interrumpido por el sonido de un motor. Me levanté de inmediato y abrí los ojos cuando el último autobús estaba saliendo de la parada. Saqué el celular y eran exactamente las tres y treinta y tres de la madrugada. La única persona en el sitio era un vendedor de café. Desde la ventana le grité:

—¿Qué pasó, compa? ¿Ya abrieron?

—Sí, sí. Si van a seguir aprovechen que ya abrieron.

—Mamá, ya se fueron los buses. Abrieron el paso. Vamos —y le toqué con el codo.

—Vamos, vamos —alcanzó a decir mientras se despertaba.

—Podemos llegar a tiempo para desayunar —le dije, mientras pasaba la llave y las luces del tablero se encendían.

Solté el freno de mano, bajé del carro para empujar con la puerta abierta y una mano en el volante. Como estaba de bajada no tuve que esforzarme tanto para que agarrara vuelo; subí rápidamente, pisé el pedal del cloche, metí la segunda y levanté suavemente el pedal, hasta que el motor comenzó a sonar y empujar hacia adelante.

—Vamos a pegarnos a ese que acaba de salir —le dije cuando entramos a la carretera—. Si pasa algo, es más fácil si vamos pegados a uno de esos buses.

Pero tal vez lo mismo pensaban ellos y nuestro pequeño Volkswagen con sus cuatro cilindros no era rival para una caravana de autobuses con motores de ocho cilindros, a gasoil y cámaras que triplican en fuerza. En pocos minutos dejamos de ver las luces traseras del último autobús y nos conformamos con seguir a buena velocidad.

—Quiero un poco de dulce —le dije a mamá; ella buscó en el suelo su cartera y me alcanzó un pedazo del tamaño de un dedo.

—Toma, ya no llegarán dulces a la casa, pero por lo menos te mantienen despierto.

En mi mente solo estaban los autobuses que acababan de salir y los encapuchados de horas antes en Lagunillas. Ya no había tráfico en la carretera y los pueblos seguían oscuros y desolados.

Bienvenidos a Arapuey, anunciaba un letrero azul. A lo lejos veíamos la carretera en medio de dos colinas con casas en lo alto. Una luz a la derecha nos alertó. Era una antorcha que se movía hacia la carretera. Nosotros íbamos a toda velocidad y el encuentro era inevitable, entonces solté el acelerador para reducir velocidad. La antorcha llegó a la carretera delante de nosotros y se esparció en chispas por todo el asfalto. La adrenalina nos nubló el pensamiento. Empezamos a escuchar voces de donde había salido la antorcha. Un grupo de hombres encapuchados salía de una calle. Corrían hacia nosotros cargando palos y antorchas.

—¡A darle! —grité—. Aquí no nos van a agarrar.

Pisé a fondo el acelerador y logramos pasar apenas antes que los encapuchados alcanzaran la carretera. Frente a nosotros se veía una montaña de basura y cauchos haciendo

barricada sobre la carretera. A la izquierda, la montaña se veía más baja, así que lancé el volante hacia ese costado, el Vocho brincó sobre el policía acostado, los cauchos y la basura para caer de golpe del otro lado. Sentimos los impactos de las piedras que caían sobre el techo, pero no podía dejar de acelerar.

—¡Dale, hijo! —decía mamá—. ¡Corre! ¡Corre! ¡Corre!

Los demás policías acostados los pasamos saltando sobre ellos a toda velocidad. No había nada que pudiera detenernos. Corrimos por toda la calle principal hasta que las casas quedaron atrás y el pasto volvió a cubrir los costados del camino.

—Nos iban a robar ¿verdad? —dijo mamá.

—Claro, se ve que ellos también están saqueando.

—Con razón dicen que esta carretera es tan peligrosa de noche.

—Coño, la deben estar pasando muy mal también. Con este apagón el calor debe ser insoportable por aquí.

—Y la comida —dijo ella—. Esa gente debe estar esperando que pase un camión de esos que se quedaron en Lagunillas para sacarle la comida.

—Bueno, ¿pero qué nos podían quitar a nosotros? Será el kilo de quinchoncho que me traje.

—Quién sabe. En momento así lo mejor es no averiguarlo.

Rodeados de campo nos sentíamos más seguros. Desaceleré y trataba de frenar en los demás policías acostados para no maltratar más el carrito. Un par de luces apareció detrás del carro.

—¿Serán los encapuchados? —dije.

—Mejor acelera, por si acaso —dijo mamá, volteando hacia atrás.

Poco a poco se fue acercando. Los nervios nos tenían en silencio. Hasta que nos alcanzó una picop azul. Al ver que continuaba rodando sin prestarnos mayor atención, volví a acelerar para no perderla. Nos mantuvimos detrás de ella

por largo rato, hasta que las luces no solo estaban lejos, sino que además se veían doble.

—Mamá, estoy viendo doble —le dije, y me eché a reír—. En serio veo cuatro lucecitas rojas adelante. Yo sé que hay dos, pero veo cuatro, te lo juro.

—¿En serio? —dijo preocupada.

—Sí, sí, nunca me había pasado esto —dije mientras no paraba de pestañear.

—Mejor vamos a parar, hijo.

—Por aquí no hay donde, mamá. Esto es un peladero y después de lo que nos pasó prefiero seguir —le dije—. Mejor dame más dulce y esperamos la próxima alcabala. En serio nunca me había pasado.

—Bueno, pero no corras tanto —y me dio otro pedazo de dulce, ahora más grande—. Pero si te sientes mal no puedes seguir así.

—Tranquila que no nos va a pasar nada. Seguro ya se me pasa —le dije, solté la presión sobre el acelerador y a lo lejos las cuatro lucecitas volvieron a ser dos antes de desaparecer.

Las luces altas del Vocho abarcaban toda la carretera y la ausencia de otros carros hacían la ruta bastante tediosa. De vez en cuando cambiaba de canal para esquivar los huecos y de vez en cuando caía en alguno. Mamá se iba quedando dormida.

Llegamos a otro puesto de control alumbrado con mechurrios y latas de gasoil, pero me sentía bien. Respiraba emocionado porque estábamos en camino a casa nuevamente. Los guardias siempre preguntaban lo mismo sin mayores intenciones de detenernos.

Mamá despertaba por momentos y preguntaba: ¿Dónde estamos? Sentí las ramas de pasto entrar por mi ventana y abrí los ojos. Tenía el pasto a la izquierda del carro, me estaba saliendo de la carretera y di un volantazo con fuerza hacia la derecha. Me había quedado dormido.

—Mamá, mamá. Dame más dulce —le dije—. Me acabo de quedar dormido.

—¿Cómo es eso? —respondió, abriendo los ojos sorprendida y reincorporándose en su asiento.

—Sí, me despertaron las ramas que se metieron por la ventana.

—Ay, mejor vamos a buscar donde parar, Leo. Y esperamos que amanezca.

—No, vale, ya me desperté. Solo quiero más dulce para no dormirme.

—Solo queda un pedazo. Pero ¿y si te vuelves a quedar dormido?

—Pues no sé, si siento que me estoy durmiendo de nuevo paramos donde sea.

—¿Y cómo te vas a dar cuenta?

—Bueno, cuando sienta pesados los ojos te hablo y busco una orilla.

—No me parece que estés manejando medio dormido. Vamos a buscar donde parar.

—Tranquila, si me vuelvo a sentir así paramos.

—Mejor me quedo despierta yo también —dijo y el carro pegó un brincó por un policía acostado que no vimos. Entonces nos echamos a reír.

—Ahora sí estamos bien —dije—, los dos despiertos y no vimos ese policía.

—Sí, vale, cuida el carrito —dijo y puso el espaldar del asiento en vertical. Yo hice lo mismo casi pegando el pecho al volante.

—Bueno, ¿y qué vamos a hacer? —le dije—, por eso los choferes viajan con ese musicón a todo volumen.

—O van echando cuento por todo el viaje y no dejan dormir a nadie —dijo en medio de un gran bostezo.

—Pero es que los que no se pueden dormir son ellos. Aunque con gente como «Robocop» ¿te acuerdas? Que el tipo no paraba de hablar nunca, te contaba su vida y te enterabas de lo que le pasó, cuándo le pasó y por qué le pasó, al final hasta terminabas conociéndole la vida a gente que ni pendiente.

—Ese señor era insoportable. Además, era todo soberbio y lo que hacía era vender helados.

—Coño sí, se cree la gran vaina.

El tema de conversación se corta algunas veces, como si no encontrara otro camino, una vereda por donde continuar. Ella bajó su ventanilla y comenzó a mirar el cielo lleno de estrellas. Yo abrí bien los ojos para frenar por los policías acostados y esquivar los huecos.

Viajar de noche es lo más parecido a un videojuego, las cosas aparecen de la nada y hay que mover el volante con rapidez o frenar. Gracias al apagón no había contaminación lumínica y el cielo estaba lleno de estrellas que se extendían hasta el horizonte. Este escarabajo tiene un parabrisas muy alto y curvo. Cuando lo compré no entendía la diferencia hasta que comencé a ver otros carros iguales y justo esta noche es muy útil que así sea. El cielo estrellado se abre frente a nosotros y por momentos podemos percibir si la carretera sube o baja, cuando se esconden o se descubren las estrellas.

—La última vez que manejé tanto de noche fue cuando viajé con Chuchi en agosto del año pasado —le comenté—. Salimos de Cabimas como a las seis de la tarde y ya en Dabajuro era de noche. Aparte nos llovió fuertísimo desde que salimos de Santa Rita y entramos a la Falcón-Zulia. Esa vez tardamos en llegar a Dabajuro porque casi no se veía la carretera, solo las luces de los carros que venían de frente y el borde de la carretera.

—¿Y cómo hacías para manejar? —preguntó ella.

—Igual que cuando subimos al pico El Águila. La niebla no dejaba ver nada, pero yo manejaba siguiendo la línea del borde de la carretera y venía más lento, claro, en segunda y tercera.

—Bastante imprudente tú, con las niñas en el carro y manejando así —me dijo, pero su voz no guardaba ningún regaño.

En ese momento las niñas entraron a la historia de nuevo. Aquella vez su madre viajaba con ellas en el asiento de atrás y Mercedes se metía entre los asientos delanteros para decirme cosas o ponerme la cabeza en el hombro. ¿Qué irá a pasar ahora?

Avanzamos varios minutos en silencio. Por momentos descubríamos casas como fantasmas a la orilla de la carretera. Comenzó a llover suave y la carretera obligaba a zigzaguear. Mamá me advertía de algún hueco o un policía acostado de vez en cuando.

—Vamos a jugar a ver quién los ve primero para mantenernos despiertos —le dije.

—Bueno, es que tú los ves, pero igual caes.

—Es que algunas veces hay muchos y uno en lugar de esquivarlos tiene que escoger en cual va a caer.

—¡Cuidado con ese! —me advirtió ella, pero no lo pude esquivar—. ¿Viste? Igual caíste.

—Es que ya lo tenía encima, mamá.

El carro brincaba sobre los policías acostados y la carrocería rechinaba cada vez que caíamos en algún hueco, pero avanzamos a buena velocidad hasta que una camioneta de envíos nos pasó y volví a acelerar detrás de ella. Mamá puso la mano en el tablero y se agarró del cinturón. Las curvas se sentían más fuertes, tal vez por el trasnocho, las horas sobre el carro o por la velocidad, pero nos mantuvimos detrás de ella.

—No la dejes ir —me dijo mamá, sin despegar la mano del tablero.

—Esa es la idea, con ella adelante vemos mejor el camino y le seguimos los pasos.

Pasamos por un par de poblados detrás de la camioneta y se incorporó otro carro detrás de nosotros. Ya éramos tres en la vía atravesando pueblos desolados y oscuros.

—Casi son las cinco de la mañana —dijo ella—. Ya comen-
zaron a salir los que viajan.

Yo estaba bien atento a la carretera y seguía los pasos de la camioneta para evitar los mismos huecos que ella. El limpiaparabrisas hacía bien su trabajo, pero algunas veces no alcanzaba a ver bien y alguno de los cauchos caía en un hueco.

La rueda trasera del copiloto cayó en un hueco grande cuando entrábamos a un pueblito y se escuchó un gran estruendo.

—¡Coño! —dijimos ambos y nos miramos. Ella no suele decir esas palabras, pero nos salió del alma a los dos.

—Vaina, a buen golpe le pegamos al carrito —dijo.

—Coño, sí, pobrecito —respondí y le pasé la mano por sobre el tablero—. Tranquilo Vochito, ya vamos a llegar.

Adelante había un control policial en medio del poblado. Los policías parecían extrañados al vernos, pero no se molestaron en levantarse de la silla. Al pasar los policías acostados el carro comenzó a zangolotear suavemente a medida que aceleraba. Detuve el Vocho, saqué la llave de cruz debajo de mi asiento y me bajé a revisar los cauchos traseros. Bajo la lluvia y alumbrándome con lo que quedaba de carga en mi celular vi que la rueda de mi lado estaba bien, pero al revisar la rueda trasera del copiloto estaba casi desinflada totalmente. Volví al interior y le dije a mamá:

—Pinchamos.

—¿En serio? Cónchale, que viaje más accidentado es este. Cuando no es una cosa es otra —dijo mamá, ya molesta. Enfilé el carro a una bomba de gasolina solitaria que estaba a pocos metros y estacionamos bajo el techo del cafetín.

—Bueno, no podemos hacer más —dije cuando pasaba la llave para apagar el motor.

—Ahora sí vas a dormir lo que no has dormido estos días —dijo ella.

Inclinamos atrás el espaldar de los asientos y nos arropamos. Ya se sentía el frío de Mérida en ese pueblo sin nombre.

—¿Cuánto faltará para llegar? —preguntó ella.

—Calculando el tiempo que rodamos de Sabana de Mendoza, deben faltar cinco horas —y cada uno se acurrucó como pudo en su asiento.

Por primera vez sentimos el frío de la noche. Desperté con la almohada pegada a la puerta. Mamá dormía acurrucada en su asiento. Afuera no se escuchaba más que un gallo detrás del carro. Lo vi por el retrovisor atravesando la estación de servicio, nos pasó por un lado y continuó caminando. Por momentos se detenía, movía la cabeza y cantaba. Cerré los ojos, pero no pude entrar en el sueño otra vez. Escuchaba el sonido de los carros pasar de vez en cuando y el canto del gallo se iba haciendo más bajito.

De pronto comencé a escuchar unas voces del lado de la carretera y abrí los ojos. Una mujer y un niño venían caminando diagonal a nosotros como a doscientos metros y en dirección a la estación policial. Por fin pude distinguir las casas que estaban alrededor. Había dejado de llover y la claridad comenzaba a ocuparlo todo. Cerré los ojos por un rato más hasta que escuché voces de mujeres cerca de nosotros, luego un juego de llaves y levanté la cabeza para ver.

Una mujer y una muchacha pasaron por detrás del carro y comenzaron a abrir el negocio. «Están espichados», escuché decir a la señora.

—¿Lograste dormir? —me preguntó mamá, acurrucada y arropada en su asiento con los ojos a medio abrir.

—Sí, dormí profundo —le respondí—. Soñé con una araña patona que se montaba en el carro mientras dormíamos, pero un gallo me despertó.

—Ya llegaron los del negocio —me dijo mientras se sentaba—. Hay que preguntarles por una cauchera.

—Cierto, voy a eso.

Bajé del carro y me detuve a ver el caucho espichado. El golpe había alcanzado la pestaña, pero parecía reparable.

—¡Qué bueno! Parece que no espichamos, solo se movió la pestaña —le dije a mamá—. Así sería el golpe.

—Es que se escuchó muy fuerte. Pobre Vochito, tremendo golpe le metiste.

—Bueno sí, pero él es muy noble. En un rato lo ponemos en marcha —dije—. Voy a preguntar.

Me acordé del compresor que traíamos en el asiento trasero, de cómo lo había usado para echarle aire a los cauchos en otras oportunidades, y me dirigí al cafetín.

—Buenos días, amiga —le dije a la señora.

—Buenos días —respondió.

—Esta madrugada espichamos cerca de aquí y estamos accidentados.

—Sí, nos dimos cuenta —intervino la muchacha.

—Pero yo tengo un compresor y lo puedo conectar para volver a echarle aire, si me prestan una extensión donde conectarlo —les dije y se echaron a reír.

—Ay muchacho, lo único es que no hay luz —dijo la señora—. Tenemos casi un mes sin luz.

—¿Un mes? —dijo asombrado—. Entonces, ¿no les ha llegado ni por momentos?

—Ni de a raticos —dijo la señora.

—¿Y cómo hacen con la carne y la comida? —le pregunté.

—Imagínese que la carne que comemos es del día porque si no se echa a perder —respondió—. Y ahora porque es temprano, pero deje que entre el medio día para que vea lo que es el calor. No podemos vender hielo ni refrescos.

—Pero de donde venimos por lo menos nos ponen la luz unas horas al día, sobre todo después del segundo apagón.

—¿Segundo apagón? —preguntó la señora—. ¿Cómo que segundo apagón?

—Bueno, el primero fue el del 8 de marzo y el segundo fue quince días después, hace una semana.

—Aquí se fue desde hace un mes y hasta el sol de hoy no ha vuelto —dijo la señora—. Nos enteramos de las noticias por la gente que llega y la radio de los carros.

—¿Y de dónde vienen ustedes? —preguntó la muchacha.

—Nosotros de Coro, estado Falcón —respondí.

—¡Uy! Vienen de lejos —dijo la señora.

—¿Y cómo se llama este pueblo?

—Están en Playa Grande.

—¿Es cerca de Tucaní?

—Sí, Tucaní está aquí mismo —respondió.

En ese momento recordé que el caucho seguía desinflado y sin electricidad no podíamos llenarlo.

—¿Saben si hay alguna cauchera por aquí cerca? —les pregunté.

—El chamo que trabaja aquí hace días que no viene, pero si está abierta la puerta roja es que está ahí —dijo la señora, mientras señalaba hacia adelante del Vocho—. Pero ese seguro no tiene aire tampoco, porque de dónde si no hay luz.

En ese momento volví a preocuparme. No hay electricidad en este pueblo desde hace un mes y el cauchero no viene desde hace días.

—Pero camina hacia el pueblo a ver si el cauchero de arriba tiene aire —me dijo la muchacha ahora, saliendo del mostrador con una escoba en la mano.

—Voy al pueblo a preguntar —le dije a mamá—. Aquí tienen un mes sin electricidad y el cauchero de allá adelante no viene desde hace días. Tal vez tampoco tiene aire.

—Dale, ve a preguntar —respondió ella—. Hay que ver cómo salimos de aquí.

Me fui caminando en dirección al pueblo, el techo de la alcabala se veía como a 300 metros; juraría que estaba más cerca, pero en la noche las distancias suelen ser engañosas. Al llegar a la calle, una larga cola de carros estaba estacionada al lado de la carretera esperando por gasolina y los conductores durmiendo en los carros, otros sentados en la orilla de la carretera.

Le pregunté dónde podría encontrar una cauchera a un grupo de hombres que conversaba frente a un camión. Se miraron extrañados por la pregunta, pero todos señalaron en la misma dirección. Les di las gracias y continué caminando, hasta que uno de ellos dijo: «Pero no hay luz, seguro no están trabajando». Me di vuelta y le saludé agitando la mano.

Avancé buscando un letrero o algún indicio de la cauchera, mientras pensaba en nuestra mala suerte. Pinchar sin caucho de repuesto y en un pueblo sin electricidad. Comencé a quejarme entre dientes y a molestarme.

Un caucho pintado de blanco colgaba de un poste. Corrí hasta el sitio y una mujer limpiaba en patio delantero tras las rejas que permanecían cerradas.

—Buenos días, señora, ¿la cauchera abre hoy? —le pregunté.

—Buenos días —me miró de abajo a arriba—. No, joven. ¿No ve que no tenemos luz desde hace un mes?

Regresé al carro con la mirada pegada al piso. No puede ser, era la frase que tenía pegada en la cabeza. Varados sin dinero, sin posibilidad de resolver, en un pueblo donde no conocemos a nadie. ¿Cómo llegaremos a Mérida? No puede ser.

Al llegar, mamá esperaba al lado del Vocho, con la cobija encima, viendo el caucho desinflado.

—No están abriendo porque no tienen luz —le dije, ahora sí, desesperanzado.

—¡Qué vaina! —dijo. Yo me metí en el carro, me recosté hacia atrás y me crucé los brazos sobre la cabeza—. Pero algo tenemos que hacer porque aquí no nos podemos quedar. Tiene que haber alguna forma de hacerlo.

Sentado en el carro los pensamientos me abrumaban. Había dejado toda mi vida atrás. No distinguía entre una idea o un recuerdo. No sé si pensé en las niñas en ese momento o en lo triste de la separación; o en Bibi, el mecánico. Lo cierto es que eché la cabeza hacia atrás por un momento, cerré los ojos y dejé que pasaran los pensamientos. Mamá se montó al carro sin cerrar la puerta. En ese momento recordé que ella estaba conmigo, que hacía un día me había ayudado a bajar el motor y la caja; que estaba entusiasmada con el viaje y que nos esperaban en Mérida. Así que me estiré, agarré con fuerza el volante y respiré profundo, primero con los ojos cerrados y luego alzando la mirada por sobre el volante hacia el horizonte. En ese momento un pensamiento se aclaró en mi mente.

—Algo podemos hacer —dije—, vamos a enderezar el rin. Si la luz llega o conseguimos aire, o una bomba de bicicletas, no sé, que por lo menos el rin esté listo para ser inflado.

—¡Eso! Vamos, pues —dijo ella con entusiasmo. Su voz se escuchó como la de mi hermana cuando la invitamos a salir o comer, toda su juventud se dejó ver en ese momento.

Registré debajo de los asientos y saqué todas las herramientas que tenía. Algunos destornilladores, unos tacos de madera, la llave ajustable, el alicate que me dejó Pedro y la llave de cruz.

Hice una torre con los tacos de madera y comencé a balancear el carro para que el movimiento me diera espacio para meterlos. Mamá tenía la tarea de empujarlos mientras yo balanceaba el carro, para que en el momento justo entraran debajo. Por un momento parecía que iba a funcionar, pero no fue así. El fuselaje sí se levantaba con el balanceo del Vocho, pero no lo suficiente como para meter nada debajo.

—¡Chamo! —escuché decir a mis espaldas desde la cafetería. Volteé y vi un hombre que me llamaba con la mano—. ¡Chamo, vente! —me levanté y entré al local.

—Buenos días, compa, ¿en qué lo puedo ayudar? —le dije.

—Será en qué te puedo ayudar yo —me respondió y se echó a reír con la señora del cafetín.

—Pues sí, es verdad —le respondí y también se me salió la risa, mamá había entrado detrás de mí y se mantenía muy cerca.

—¿Qué fue lo que te pasó con el carrito? —preguntó ahora sí con mucha seriedad, despegándose del mostrador y caminando hacia el carro con una taza de café en la mano.

—Bueno, esta madrugada llegando al pueblo caímos en un hueco y le dimos un golpe al rin. Imagínate lo fuerte que se movió la pestaña y nos quedamos sin aire —le conté, mientras caminaba hacia el carro y le señalaba el golpe.

—Ah, pero eso lo podemos arreglar —me dijo con mucha seguridad—. Consigue un gato con el chamo de aquí, el cauchero, y le echamos aire con mi camión.

—Pero es que el chamo no está ahí —le dije.

—¿Cómo que no si yo lo vi llegar? —y volvió la vista hacia la puerta roja que esta vez estaba abierta—. Pídele el gato prestado que igual no te puede cobrar por eso.

Yo no me imaginaba cómo le iba a echar aire al caucho, pero estaba dispuesto a ayudarme. Así que me fui corriendo hacia la puerta roja y llamé al chamo, le pedí el gato prestado, le expliqué lo que me había pasado y me regresé al carro arrastrando un gato grande y amarillo. Lo puse donde correspondía y comencé a levantarlo. Luego martillé la llave de cruz en los pernos de seguridad y los saqué. Aflojé las tuercas que restaban, terminé de subir el carro y bajé el caucho.

El hombre me miraba desde dentro del cafetín al lado de la señora. Mamá me ofrecía ayuda a cada momento y el cauchero estaba pendiente de lo que hacía. Por un momento sentí todas las miradas sobre mí. Tal vez yo era el espectáculo más emocionante de ese día.

Con el rin afuera, tomé un taco de madera y comencé a martillar con suavidad. Los rines eran de aluminio y temía astillarlos, eso sí sería peor. El hombre salió y me ofreció ayuda. Entonces comenzó a martillar con más fuerza y confianza que yo. A los pocos golpes la línea del rin estaba en su sitio y solo faltaba cubrir la pestaña con grasa para que agarrara bien el aire. El cauchero corrió por una brocha de aceite y una barra. Despegó la pestaña y la untó de aceite nuevo, mientras yo le echaba grasa en la parte del golpe.

—Pero, ¿cómo es que le vas a echar aire? —le pregunté al hombre.

—Tranquilo que yo sé cómo, ya vas a ver —y señaló un camión que no había visto.

Los tres fuimos hasta el camión. El hombre entró por la puerta del chofer, buscó debajo del asiento y sacó una varilla plateada. Luego nos caminamos hasta una de las ruedas traseras y despegó de ellas una manguera a la cual

le puso la varilla, le dijo al cauchero que le pusiera el aire y volvió a entrar al camión, lo encendió y comenzó a frenar. En un minuto la rueda estaba llena. Le echamos agua y no tenía escape de aire. El hombre apagó el camión y volvió todo a su lugar. Los tres estábamos muy emocionados.

Regresé el caucho al Vocho, lo monté y devolví el gato. Mamá estaba feliz y no paraba de hablar, pero mi felicidad me impedía recordar lo que decía. Solo alcancé a escuchar: «Muchas gracias, lástima que no tenemos cómo pagarle», y recordé el kilo de quinchonchos que traíamos desde Coro.

—Yo sí tengo algo con qué pagarle —les dije, mientras corría a buscar los granos detrás de la impresora.

—No hace falta, no hace falta —dijo el señor—. Yo lo hice con mucho gusto.

—Dice que no hace falta —repetía la señora del cafetín.

Pero yo insistí en entregarle los granos. Además, le recomendé probarlos, por su sabor y porque son de lo más auténtico y rico que hacen en Falcón.

Me lavé las manos y nos subimos al carro muy contentos. Al cerrar la puerta recordé que solo prende empujado. El ataque de risa nos llegó a los dos cuando nos dimos cuenta de que estábamos mal estacionados y ahora debíamos empujar de subida.

—Ahora qué les pasó —preguntó el hombre cuando nos vio bajar del carro.

—Es que prende empujado —le dije entre risas.

Nos pusimos detrás del carro para empujarlo hasta la calle, pero el hombre llamó al cauchero, nos mandaron a subir y nos relevaron. Me subí rápidamente, pasé la llave, pisé el cloche y puse la segunda, a los pocos metros el carro agarró vuelo y solté el cloche, el motor arrancó sereno y volví a pisar el cloche para liberar el motor. Saludamos sacando las manos por la ventana y gritando: «Gracias, muchas gracias». Por el

retrovisor todos se reían, la señora, la muchacha, el señor y el cauchero; era una alegría compartida.

—Vamos a ver —dijo mamá mientras buscaba el celular en su bolso—, ¿a qué hora estamos saliendo? Son las 8:56 de la mañana. Digamos que salimos a las 9:00 a. m. para recordarlo.

—Es buena hora —dije y metí la primera para dejar la tierra y volver a la carretera, pero lo hice con tanta emoción que me pasé de fuerza y otra vez se quedó pegada—. ¡Coño, otra vez!

—¿Qué pasó? —preguntó ella.

—Sí —respondí yo.

—¿Se volvió a pegar? No puede ser.

—Ni modo, nos vamos así —dije—. Ya veremos cómo resolver más adelante.

—No salimos de una cosa para meternos en otra. Tienes que reparar eso al llegar si quieres hacer el otro viaje.

Moví el carro a la carretera y pusimos las intermitentes. A pesar de esta nueva avería estábamos felices, por lo menos estábamos avanzando. Comenzamos a pensar cómo repararlo. Pensamos en contratar una grúa, pedir que nos remolcaran hasta la ciudad o meternos en un taller a pedir ayuda. Todo esto mientras el hambre comenzaba a sentirse y el camino se abría frente a nosotros a una velocidad donde podríamos ver con tranquilidad todo a nuestro alrededor.

Viajar a menos de veinte kilómetros por hora hace que todo se vea distinto a través de la ventana del Vocho.

—Yo sé que falta poco para llegar a Tucaní —le dije a mamá.

—Lo único es que a esta velocidad quien sabe qué tan cerca esté —dijo ella—. Lo bueno es que a esta velocidad ya no vas a caer en más huecos.

—Ni me voy a llevar los policías acostados —dije y nos echamos a reír por largo rato como niños.

—¿Y en cuánto tiempo crees que estemos en Mérida?

—No sé, nunca he viajado tan lento. Si estamos a tres horas en velocidad normal, es probable que nos tome nueve en primera, o tal vez más.

—Si son las nueve de la mañana —calculó ella—, deberíamos estar llegando a las seis de la tarde.

—Claro, pero además el carro a mayor velocidad desarrolla más, es decir que va más rápido de lo que parece.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que en realidad el carro va más lento y vamos a tardar más.

—Ah, ya veo. Eso suena como la teoría de la relatividad, porque es la relación entre el tiempo y el espacio. Yo disfruté mucho esa clase en el liceo.

—Yo nunca vi esa teoría en el liceo —le dije—. Pero sí la conversé con Camilo alguna vez y cuando comencé a manejar se sentía la diferencia entre el Vocho y otros carros, en especial con esos que tienen aire acondicionado y los vidrios arriba.

—¿Por qué eso de los vidrios arriba? —preguntó ella—. ¿Cómo es eso?

—Pues en el Vocho viajamos con los vidrios abajo o por lo menos un poco abiertos si está lloviendo, pero nunca están cerrados del todo porque no hay otra entrada de aire. En cambio, cuando viajas con aire acondicionado los vidrios van totalmente cerrados y no se mueve nada en el interior. Por eso, en el Vocho el viento se mete a una velocidad que uno siente y la puede regular con los sentidos de acuerdo a la carretera, por las curvas que vienen y ese tipo de cosas. En cambio, con las ventanas arriba uno no sabe qué velocidad lleva, solo puede confiar en el velocímetro.

—Eso es verdad. Cuando veníamos saliendo de Falcón se sentía la velocidad, pero no tanto como en esa carretera de Cabimas, donde el viento está en contra y se metía más fuerte.

—Exacto.

La carretera estaba rodeada de casas que lucían abandonadas y muchos árboles frutales. Los aguacates, mangos, plátanos y cambures adornaban los patios que podíamos ver con toda calma. Un par de muchachas caminaban por la Panamericana, una de ellas volteó y al vernos le hizo señas a su compañera para que volteara a vernos. Ambas se echaron a reír y se detuvieron a vernos pasar.

—Mira cómo nos ven esas muchachas —dijo mamá—. Nos debemos ver muy cómicos en este carrito cargado hasta el techo y viajando tan lento.

Más adelante pasamos a un hombre en bicicleta que se sorprendió al vernos andar tan lento, luego se levantó del asiento, aceleró el paso, se me puso por el lado del conductor para pasarme y me dijo: «Métale la mocha a ver quién gana», y lo dejé ir adelante por un rato. En la primera cuesta alentó el paso y al pasarlo le grité:

—¿Qué me le pasó? ¿Se le acabó la gasolina?

El hombre se echó a reír, se detuvo y por el retrovisor lo vi pintarme una paloma con el brazo, seña que le devolví entre risas y por cortesía.

Mamá disfrutaba cada momento y me señalaba los árboles que teníamos alrededor.

—Mira, tienen aguacates —decía—, pero están muy pequeños todavía.

—Mira esas mangas tan hermosas.

—Son enormes.

—Y son un montón de matas. Mínimo unas diez matas tienen ahí.

—Cuando llegue la cosecha se fajarán a vender en el frente.

—No, vale, con diez matas puedes llenar más de un camión —respondió ella.

—Imagínate si tienen más de esas detrás de la casa.

—Yo no sé por qué mamá nunca compró una casa por aquí en lugar de quedarse en Mérida —dijo ella—. Con lo que nos gustan las matas. Estaríamos sembrando, mejor alimentados, sin tanta crisis por los productos, sin problemas con el dinero porque al final uno puede cambiar una sesta de mango por una de verduras, o viceversa. Y tener el conuco detrás. Ahí estaría mamá, metida en el conuco sembrando lo que no puede sembrar en la casa.

—Pero ella todavía se mete en el terrenito de la casa —dije yo.

—Claro, ella todavía se baja, pero no tiene tanto espacio. Ya con las matas de cambur se ocupa mucho espacio y si uno mete otra cosa es un problema porque las de cambur hay que moverlas cada vez que paren.

—Pero yo vi que tenían unos tomates ahí y la mata de guanábana.

—Esos tomates los metió Luis ahí, pero eso no es tierra de tomates y no van a dar muchos —dijo ella—. Además, Luis no los deja prosperar porque siempre los está moviendo y cambiándoles la tierra. Las pobres matas se fatigan echando raíces en una tierra y luego echando en otra.

Del otro lado de la carretera, un hombre arreaba unas vacas por la orilla. El hombre nos saludó con el sombrero y nosotros sacamos las manos por la ventana para responderle. Nos quedamos viendo las vacas y sorprendidamente el carro dio un brinco. Ambos nos asustamos y rápidamente sacamos la cabeza por la ventana para ver. Era un policía acostado que no vimos por prestar atención a las vacas.

—Este sí podemos decir que se nos metió en el camino —le dije, echándome a reír.

—¡Sí, Luis! —dijo ella, riéndose—. Un policía suicida que se nos echó cuando estábamos pasando el sector de Agua Caliente.

—De verdad que es el colmo que andando tan lento no veamos los policías acostados.

—Es que nos quedamos viendo las vacas como los propios —dijo ella.

—¿Los propios?

—Los propios pendejos —dijo y nos echamos a reír.

Las casas comenzaron a estar más distantes entre sí. Alguna hacienda interrumpía el paisaje con sus extensiones de terreno

cercados de horcón a horcón con alambres de púas. Árboles centenarios que daban sombra a la carretera desde grandes alturas, y pájaros que recorrían pequeñas sabanas de pasto.

A esa velocidad los letreros de los caseríos, las haciendas y los puentes los leíamos con normalidad. Tres letreros con letras, colores y tamaños distintos anunciaban la hacienda Santísima Trinidad, varios kilómetros antes de llegar. La distinguimos por un potrero del tamaño de una cancha de fútbol, tal vez más grande, y los bordones blancos al costado de la carretera.

—Mínimo esa gente tiene dos mil cabezas de ganado —dijo ella.

—¿Y cómo calculas tú eso?

—Bueno, con esos potreros tan grandes deben tener por lo menos cincuenta cabezas por cuadrante y los estamos viendo de lejos. Eso, de cerca, al final es muchísimo ganado.

—Pero, ¿pueden tener tantos? —le pregunté.

—Claro, algunos meten más ganado, los que quieren sacarle más provecho a la producción. Aunque lo común es que tengan menos animales, pero ahí estaría el latifundio. Grandes extensiones de tierra improductiva.

—Yo sé de muchos casos donde esa gente le fue comprando a los pequeños productores para hacerse de esas extensiones de terreno.

—Los latifundistas de hoy sí —me interrumpió ella—. Porque los primeros latifundistas abandonaron las haciendas para irse del país, compraron en otros países o se hicieron de mejores propiedades y empresas en las ciudades.

—Algo de eso cuenta Orlando Araujo en *Venezuela violenta* —le dije—. De cómo esa clase social se fue haciendo de las tierras y esclavizando a los campesinos.

—Como la canción de «Flora y Ceferino» que cantaba Alí
—dijo ella y comenzó a cantar:

«—Anda Flora, ensilla la burra,
vete pal caserío,
dile al doctor que la tos me apura
y que tengo escalofríos.

Me da miedo morirme
y dejarte, Flora, en la soledad,
tan solo con dos muchachos
y un conuco que no da na',
tan solo con dos muchachos
y un conuco que no da na'.

Flora se fue ligero
y estuvo de vuelta en un suspirar
estaba cansada y triste
cuando al marido comenzó a hablar.

—Ceferino pobre destino,
el doctor no estaba allá,
hoy es domingo y hay ternera
en la hacienda “El Lodazal”.

Yo pasé por la botica
y el boticario no dijo na',
tan solo que en su botica
no hay medicina sin llevá real,
tan solo que en su botica
no hay medicina sin llevá real».

En este punto ya cantábamos los dos. Yo recordaba la primera vez que escuché esa canción en un *walkman* que trajo tía Anaís y que solo tenía un casete con canciones de Alí Primera. De la vez que lloré con mi abuela cuando me dijo que estaba muerto, porque yo quería conocerlo y era una ausencia inexplicable para mí. También de las veces que lloraba escuchándolo cuando recordaba esa ausencia. Tal vez era un duelo heredado de alguien o algo del país que él amaba y que me hacía amar en su canto.

«Ahora que el petróleo es nuestro no quiero ver pordioseros, enfermos sin hospitales ni muchachos sin liceo...», decía, y yo sentía una parte de la historia que me había llegado como en esa memoria genética. Escucharlo me hacía cantar y aprender aquellas canciones que hablaban de mí. Me hacían sentir de un lugar.

Todo se movía muy lento y volvimos a cantar una buena tanda de canciones de Alí, hasta que apareció el letrero de Tucaní y volvieron a juntarse casas a un lado de la carretera. Llevábamos casi una hora rodando y era el primer poblado.

—Llegamos a Tucaní —le dije y un suspiro me salió como del alma— por fin, un punto de referencia que sí conozco.

—Vamos a llegar. Sí vamos a llegar, Vochito, nos vas a llevar a Mérida —dijo mi mamá, celebrando.

Atravesamos la calle principal donde ya había mucha gente en los alrededores, los negocios estaban abiertos y algunos nos veían pasar con curiosidad.

—¡Le compro la bici! —me gritó un hombre desde la acera.

—¡No, gracias! —le grité al momento.

—La gente sigue comprando y vendiendo como si nada —dijo mamá—. Aquí como que sí tienen luz.

—O tienen efectivo, recuerda que no estamos lejos de la frontera y aquí mueven muchos pesos.

—Ah, y como es pueblo ellos se mueven mucho con el efectivo.

—Exacto. Por cierto, ¿te conté del libro de Bariro, que me pagaron todo en efectivo?

—No, ¿cuál es ese?

—Un libro que le hice al cronista del pueblo de Bariro, tú sabes, el pueblito del occidente de Falcón, que está medido después de Dabajuro entrando por la alcabala que lleva su nombre.

—Claro, yo sé cual es el pueblo —dijo ella—, pero cuál es el cuento.

—El cuento es que un día llegué a la oficina y me estaba esperando Camilo con una mujer hermosísima, con un vestido de flores largo hasta el suelo. Y me dice que quieren hablarme de un libro. Me la presenta como profesora de la universidad y me dice que es la hija de un cronista. Luego ella comienza a hablar y que va, yo estaba *full* con el trabajo, pero igual le dije que sí le haría el libro, pero que le saldría caro. Eso fue en el año 2015, cuando la crisis ya estaba fuerte con la falta de alimentos y las colas.

—Sí, en ese año ya estaba apretada la cosa.

—Bueno, el caso es que luego me entrevisté con el padre de la muchacha y era un poeta que ya había conocido en el 2007. Este señor me llamó un día para decirme que ya me tenía el dinero y que fuera a su casa en Coro a buscarlo. Al llegar me sacó una bolsa negra con un montón de dinero, se sentó conmigo en la sala a contarle todo y, al terminar, me dio la lista de todas las personas, las familias, los comercios, las iglesias católicas y evangélicas que habían aportado algo para la edición. Hasta la bomba de gasolina estaba en la lista.

—¿En serio? Pero eso es muy bonito.

—Bueno, ellos fueron los que me reconciliaron con ese trabajo de hacer libros —le dije—. Si la gente de un pueblo entero se une para publicar el libro de su historia, hay esperanza.

—La gente de los pueblos es distinta a la de la ciudad. A mí me trataron muy bien cuando estuve en campo. La gente te recibe con alegría y aunque son muy directos, al mismo tiempo están dispuestos a atenderte, y eso te hace sentir muy bien.

—Bueno, y no falta el que quiere engatusar a la gente.

—Como en todas partes, pero trabajar en los pueblos se siente diferente. Como te pasó a ti con el libro de Bariro me pasó a mí muchas veces. Cuando tú ves que la gente es capaz de trabajar unida y por el bien común, eso es hermoso y lo llena a uno de esperanza. Por eso uno se reconcilia con su trabajo y no lo deja tirado por ahí como hacen algunos.

—Ya estamos saliendo del pueblo —le dije.

—¡Vamos, Vochito! ¡Vamos que nos vas a llevar a Mérida! —dijo ella con alegría y sobando el tablero del carro.

—¡Vamos, Vochito!

—Ya nos trajo hasta aquí y así accidentado como está no se para, él sigue pa' lante.

—Es que este es el carro perfecto, mamá. Fue construido para serlo y siempre se ha portado bien. Tampoco es que pida mucho, solo que nos tocó la época dura de escoger entre repararlo o comer. Pero él siempre nos carga.

—¿Y cómo fue que se dañó?

—Pues yo se lo dejé a ella para que llevara y trajera a las niñas de la escuela y lo que necesitaran. Al final, lo compramos para facilitarle la vida a ellas. Pero se lo prestó a su tío y un día se le quedó pegada la segunda velocidad. Después de varios días, viéndolo parado en la casa, le pregunté a su mamá y ella me contó.

—Pero tampoco hicieron nada para repararlo —interrumpió ella.

—Pues no, eso no lo hicieron. Yo me ofrecí para arreglarlo y un día Gabriel me ayudó a remolcarlo con su camioneta. Pero luego pasó todo lo demás y como ahora necesito hacer esta mudanza, pues que me ayude primero y luego se lo vuelvo a llevar para las niñas.

—Claro, yo entiendo lo de las niñas, pero está mal que no te ayuden a repararlo y después se los lleves listo y rodando.

—Sí, pero es para las niñas.

—Igual no me parece, que te aporten algo y luego sí. Igual se los vas a llevar, pero que te apoyen con algo.

Hay conversaciones que uno preferiría no tener. Otra vez las niñas estaban en el carro, su ausencia se hacía presente y los recuerdos volvían a rondar. Era el segundo día de viaje y tal vez era muy pronto para esperar que los miedos se borrarán. Volvimos a leer los avisos de la carretera: Aldea Bolivariana, UPTMKR Tucaní, Caño Las Delicias, El Pinar, Escuela Bolivariana San Benito, Río Cacao, Pedregal Cocoa Export. Todo parecía entrar en un letargo fuera de los centros poblados, las cosas comenzaban a moverse más lento.

Desde que compramos el carro le hemos dicho «Vochito», como les llaman en todos los videos mexicanos de youtube que tuve que ver para aprender a repararlo.

Mis amigos y familiares sabían que cuando se comenzaba a dañar solía pasarle la mano por encima del tablero y sobarlo como si se tratase de la cabeza de un niño o un perro. Yo le pasaba la mano y le decía: «Tranquilo, Vochito, todo estará bien; ya vamos a llegar».

Desde que comenzamos este viaje, mamá asumió la tarea de recordarme que este animalito de hierro, óxido y un motor escandaloso, merecía recuperar ese cariño que se había ganado como miembro de nuestra familia. Así que desde el principio ella era quien le pasaba la mano por el tablero y le decía: «Vamos, Vochito, que tú puedes», «Vamos, Vochito, que nos vas a llevar a Mérida», «No te nos vas a quedar por aquí ¿verdad?». Y con esto fui recuperando el cariño que le tenía antes de todo esto.

—Ah, broma, Vochito —le decía cada vez que caíamos en un hueco—, perdona ese golpe.

La relación con él siempre fue de caricias en el tablero, en el volante, en el pomo de la palanca, mientras los acelerones, huecos y policías acostados se presentaban de sorpresa. Lo tratamos como a cualquier miembro de la familia a quien tal vez ni saludamos por las mañanas, pero a la hora de la verdad acudimos por necesidad o cuidamos en la enfermedad.

—Sabes que el libro con el que aprendí a manejar dice en la primera lección: «...para aprender a manejar un Volkswagen, lo primero es hacerlo con amor».

—Bueno, pero no aprendiste muy bien —me responde mamá, soltando una risa entre dientes—, tienes que volverlo a leer. Mira cómo llevas el carrito todo remendado.

—Claro, pero en parte es porque nos llegó la crisis. O comemos o le meto plata al carro.

—También es cierto, pero tranquilo que en Mérida lo arreglamos entre todos —dijo, cuando le acariciaba la puerta.

—Ajá, pero lo que te quería contar era que en el libro decía que había que manejarlo con amor, porque el Volkswagen era un pariente nuevo que entraba a ser parte de la familia; un hermano que nos llevaba y nos traía siempre; que se esforzaba por no dejarnos en el camino y superar cualquier terrero o dificultad.

—Bueno y mira adónde nos ha traído el Vochito —respondió ella—, emprimerado pero igual no se para.

—Cónchale, sí —le dije—, hasta sin arranque nos está llevando a casa.

—Es un carrito muy noble. El carrito que tenía tu papá era muy cómico porque siempre lo cargaba lleno de frutas. Era blanco, pero después lo llamábamos tamarindo porque el óxido le escurría desde el techo y lo pintó de marrón.

—Qué nombre tan cómico.

—Pues una vez, por llegar tarde a un juego de fútbol en el Lourdes, ese loco lo estacionó sin ponerle el freno y ha atropellado a una familia entera.

—¿En serio? —pregunté.

—Sí, vale, después le tocó pagarle todos los gastos médicos a la familia. Pero eso fue una locura total cuando el carrito se llevó a esa gente y él preparándose para jugar.

—¡Naguará de loco! —dije y nos echamos a reír.

Después del peaje de Tucaní no había transeúntes y debía manejar pegado al hombrillo de la carretera para no afectar a los demás conductores.

Al pasar por Guachizón, los policías de tránsito no se fijaron mucho en nosotros ni preguntaron nada, pero desde una casa contigua a la casilla policial un hombre, al vernos, se levantó de su silla y nos gritó:

—¡Le compro el carro!

—¡Qué va, no lo vendo! —le respondí y el hombre se volvió a sentar.

—La gente dirá que estamos locos andando con este montón de cosas encima y a esta velocidad —dijo ella.

—Deben pensar que el carrito no puede con la carga.

—Dirán: «Pobre carrito todo lo que le metieron».

—El hambre tiene cara de perro, mamá —le dije—, si yo pudiera hacer esta mudanza sin usar el carrito sería mejor porque no le tengo que meter tanta carretera. Y justo cuando está dañado.

—Tú estás haciendo bien. Necesitas hacer la mudanza y estás usando tu carrito para hacerla. No te sientas mal por eso.

—No es que me sienta mal, sino que el carrito es para las niñas y preferiría dejárselos allá. Si las cosas no se hubieran puesto tan mal no tendría que salir así.

—Tranquilo, ya después les devolverás el carrito a las niñas. Además, ellas ahora no necesitan carro. Necesitan es un papá sano y salvo, y en esa casa te estabas desapareciendo. En esa casa y en todo, mejor dicho.

Hay momentos donde lo mejor es callar. Siempre terminábamos recordando los acontecimientos más recientes y terminaba más triste que cuando comenzaba a hablar. Sin duda, lo mejor era esto: volver a la casa materna y reconectarme conmigo, decía la psicóloga. Era lo que estaba haciendo.

—Cacao, mira, tienen cacao —dijo ella y señaló al frente.

Al lado de la carretera, unas muchachas vendían mazorcas amarillas de cacao.

—¿Qué tipo de cacao es ese? —les preguntó mamá, pero el motor estaba más ruidoso que de costumbre y no pude escuchar su respuesta—. ¿Y en cuánto lo venden?

—¿Cuánto? —le pregunté.

—No tranquilo, sigue, lo venden como si fuera chocolate —me respondió—. No saben lo que tienen ahí. Eso es el fruto. Para que sea comestible hay que procesarlo y son varios días. El proceso es parecido al café, pero es distinto porque hay que fermentarlo, hacer como un licor con las semillas.

—¿Y cómo sabes de eso? —le pregunté.

—Es que hace un tiempo se creó la Corporación del Cacao y han estado haciendo talleres. Yo me puse a investigar porque me quería meter en eso. Quien quita, nos dan un terreno para sembrar cacao en el futuro, como se lo dieron a otros compañeros, de una finca que expropiaron y ellos comenzaron a sembrar.

—¿Pero sí están sembrando?

—Ellos sí. No todos, tú sabes que en todo proyecto colectivo siempre hay gente que trabaja y otros que solo estorban.

—Y otros que estorban o se ocupan de joder —le dije.

—Como en todas partes —dijo y se echó a reír—. Están los que trabajan y los que estorban, pero además defienden su derecho a estorbar.

—Coño, sí. Joden y hay que agradecerles su participación.

—Algunos hasta se molestan cuando se les pide que ayuden. Mira, había una tipa en la oficina que no sabía hacer su trabajo, no sabía nada de lo que se hacía allí, pero como era mujer del jefe no había quien la sacara. Pues la mujer hasta se molestaba cuando uno le corregía lo poco que hacía. Pasó del departamento de técnica al departamento legal y a la semana la estaban devolviendo porque les había hecho un desastre. El caso es que regresó muy ofendida porque «no me aceptaron trabajar como yo sé», nos dijo. Sí, esa no sabe hacer nada.

—¿Y cómo se hace para conseguir un terrenito de esos?
—pregunté.

—Ese se los dieron a los trabajadores cuando comenzó la crisis, para que pudieran resolver el tema de los alimentos y lo trabajaran entre todos. Cuando yo llegué ya estaban en eso. Pero a la gente no le gusta trabajar y cuando se acostumbran a las oficinas no hay quien los saque de ahí.

—¿Y uno no podría conseguir un terreno así?

—Pues nosotros estamos esperando que nos den uno. Cuando lo pedimos nos dijeron que sí, pero luego llegaron comunicaciones y cosas desde Mérida porque esa finca tenía otros fines. El caso es que sigue expropiada e improductiva, pero lo más probable es que monten un hotel o algún chivo de esos grandes se haga su quinta.

—Es muy probable. El país se nos llenó de caciques. Son como nobles criollos. Intocables y por encima de la ley.

—¡Cuidado con el perrito! —gritó mamá y yo pisé el cloche para frenar, pero al voltear el perro estaba a varios metros de distancia.

—Será al perrito que tenemos que decirle cuidado con el carro —dije y nos echamos a reír.

—Verdad que sí. A esta velocidad no atropellas a nadie.

—Solo a los policías acostados.

El camino se tornaba interminable. El monte cubría ambos lados de la carretera y leíamos los letreros Caño Azul, Caño Moro, Finca La Bonita. Hasta que una garza blanca voló sobre nosotros, planeó desde un árbol y se internó en la llanura. Su vuelo nos atrapó, era una flecha blanca surcando el cielo, trazando una línea curva en el vacío y nosotros atontados, viendo aquel acontecimiento sencillo pero hermoso. Entonces, un estruendo y ruido de metales.

—Coño, otro hueco —dije.

—Era un policía acostado, hijo, yo pensé que lo habías visto.

—No, pero a este ritmo vamos a llegar con todos los tornillos flojos.

—No digas eso, vamos a cuidar al Vochito que se está portando bien y nos está llevando.

—Tranquilo, Vochito que ya vamos a llegar —le dije, pasándole la mano por el tablero.

Las casas comenzaron a aparecer más seguidas, entramos a un nuevo caserío. Un grito se escuchó detrás del carro. En el retrovisor una niña nos perseguía. Frené para esperarla. Al llegar a nosotros, se acercó a la ventana y le dio una flor a mamá:

—Tenga, para que se mejore el carrito –nos dijo y nosotros nos miramos con los ojos aguarapados.

—Definitivamente esto es muy loco –dije—. Es realismo mágico puro, mamá.

—Yo no sé qué será, pero qué hermoso. Viajando accidentados en un carrito. Ellos sin electricidad desde hace un mes, pero los gestos siguen apareciendo.

—Y tendremos que abogar por otro gesto porque nos quedamos sin agua.

—Vamos a pedir en una casa, hijo.

—¿Y qué decía el letrero?

—No sé, vamos a preguntar también.

Avanzamos un poco más y estacionamos en la primera casa. Ella les preguntó a los niños que jugaban en la entrada y le señalaron hacia la casa vecina. Entró con la botella vacía y salió con la botella llena en pocos minutos.

—No está fría, pero es agua –dijo y me pasó un vaso—. Estamos entrando a Santa Elena de Arenales. ¿Cuánto faltará para llegar a El Vigía?

—Yo creo que deberíamos llegar antes de las dos de la tarde. Por aquí he pasado bajo lluvia y de noche. Nunca de día y menos a esta velocidad.

—Hijo, pues de verdad, el viaje está pesado a esta velocidad.

—¿Y será que nos pueden ayudar en algún taller mecánico y arreglamos el Vochito otra vez?

—Pues vamos a preguntar –respondió ella—. Tocar no es entrar.

—Yo creo que si les echamos el cuento completo nos pueden ayudar.

Avanzamos por varios minutos, poniendo atención al camino. Cada letrero y texto en la carretera era leído por los dos. Nos reímos de varios. “Frutería El palito de Luis”, “Panadería de Dios” y “Bodega La Flor del Cura”. No encontramos nada parecido a un taller mecánico. Las casas se quedaban atrás y ni una sola cauchera encontramos.

—Ahora que nos proponemos encontrar un taller no aparece ninguno, y cuando no lo necesitamos entonces hay de más.

—Claro, pero también venimos muy lento y es más difícil llegar a alguno.

—Parece mentira —dijo ella y se quedó mirando por su ventana.

El monte se hacía dueño y señor de la carretera otra vez; avanzamos lentamente, pero muy atentos a lo que pudiera aparecer. De pronto, a lo lejos, un caucho amarillo adornaba la calle en sentido contrario. Al acercarnos, una casa de bloques grises apareció en un claro, rodeada de carros y un par de hombres que se movían de un lado a otro.

—Llegamos, aquí es —dijimos al tiempo.

—Ahora vamos a convencerlo de que nos preste las herramientas —dije.

—Tú puedes convencerlo, hijo. Si algo, le cuentas de tu separación y la mudanza para que se apiade de nosotros.

Estacionamos a un costado de la casa en posición de bajada, muy propicia para salir. Mamá se estiró para alcanzar los pedales y pisó el cloche a fondo, mientras yo bajaba a conversar con el mecánico, un hombre joven metido de cabeza en un Malibú, en compañía de un señor algo mayor que lo observaba.

—Buenos días —les dije y sin esperar respuesta continué—. Compa, estamos viajando a Mérida, pero nos accidentamos y necesitamos un favor.

—¿Qué será? —dijo, sin moverse.

—Si nos puedes prestar el gato y algunas herramientas para reparar una avería y seguir.

—¿Y qué le pasó al carrito? —preguntó el señor mayor.

—Se nos quedó pegada la primera cuando estábamos arrancando.

—Pero yo no sé trabajar con esos carros —dijo el joven.

—Tranquilo, compa, yo lo sé hacer, pero no cargo herramientas. Solo necesito un gato, una nueve dieciséis, un destornillador de paleta y una llave número 10.

—Si tú mismo lo puedes hacer, allá está el gato y las llaves están en la caja —respondió el joven, señalando al frente del Malibú—. Pero la nueve dieciséis la estoy usando así que tienes que darle rápido.

—Dele, pues, tranquilo, eso en una hora lo saco.

—¿Vas a arreglar la caja en una hora? —dijo el mayor—. Bicho, ¿y sí quedará bien?

—Pues ya con las herramientas lo podemos hacer —dije y regresé al Vocho, metí la mano por la ventana y lo apagué.

—Me dijo que sí, vamos a darle mamá.

—¿Pero tú crees que lo puedes hacer solo esta vez?

—Pues tengo que hacerlo solo porque no tenemos cómo pagar y él está metidísimo en ese carro.

Mamá se bajó y me ayudó a sacar los tacos de madera, la llave de cruz y las pocas herramientas que tenía. Yo arrastré el gato y extendí la alfombra del asiento trasero debajo del carro. La tarea no era fácil, pero estaba seguro de poder hacerla.

Primero, levantamos un lado del carro y colocamos tacos de madera bajo la rueda. Repetimos el procedimiento del otro lado y con la parte de atrás levantada, puse el gato bajo el motor. La intención era sacar los tornillos de la base del motor con la llave de cruz y sostenerlo con el gato. Luego, soltar la base de la caja, bajar el motor pegado a la caja, echarlo hacia atrás para abrir el cajón del varillaje, meter el destornillador y soltar la velocidad. Finalmente, cerrar y volver todo a su lugar.

Me interné boca arriba debajo del carro. Las piedras del terreno me punzaban por la espalda. Con cada movimiento las punzadas eran más fuertes. En efecto, soltamos los tornillos del motor y el acople que une el varillaje a la palanca de cambios. Pero en ese momento comenzó a llover y el agua se colaba en el espacio que hay entre el motor y la caja, cayendo directamente sobre mi rostro y dificultándome la visión.

Una gota de agua y polvo cayó en mi ojo y tuve que salir lo más rápido que pude.

—¿Qué te pasó? —preguntó mamá.

—Cónchale, una gota se me metió en el ojo.

—Pero no te restriegues.

—Es que me arde, coño.

—Lávate con agua mejor —y sacó la botella de agua. Me levantó la cara y apuntó la botella hacia mi ojo—: Abre bien para que se lave.

El agua se sentía como una lija por dentro del ojo, pero el ardor era menor. No aguanté y bajé la cara. Intenté parpadear y el ardor se había convertido en una incómoda sensación de sequedad. Esperé un poco bajo la lluvia. Mamá se pegó a la pared de la casita para evitar la lluvia. Comencé a buscar en la caja de herramientas las llaves que necesitaba, pero la llave 10 la estaba usando el mecánico. Me quedé esperando un rato al lado del Vocho con el malestar en el ojo y la lluvia que comenzaba a caer. Teníamos hambre y estábamos fatigados. La lluvia no era buena señal en este momento. El mecánico seguía en su asunto y nosotros no podíamos hacer mayor cosa. No sé bien si fue la frustración del momento o el cansancio lo que hizo a mi mamá decir:

—¿Y si mejor dejas eso así? ¿No podremos llegar a Mérida en primera y allá lo arreglamos?

—Pues no sé, pero arreglar esta caja sobre estas piedras va a ser bien difícil —respondí.

—Sí, hijo. Deja eso así y nos vamos hasta Mérida. Allá entre Francisco y Aarón te ayudan.

Lo pensé un rato antes de responder. Estaba muy cansado y mi flaca espalda no iba a aguantar tanto tiempo bajo el carro. Solo con aflojar los tornillos ya me dolía bastante. ¿Cuánto iba a doler bajar la caja?

—¡Vamos! —le dije—. Esta vez no puedo hacerlo.

Devolvimos todo a su sitio y le agradecemos al mecánico. Empujamos hacia la carretera y continuamos el viaje bajo una lluvia suave. La espalda me dolía mucho realmente. Mamá me sirvió algo de agua y me puso una almohada en la baja espalda para que me enderezara. Continuamos por un tramo repleto de árboles que cubrían la carretera. Un letrero decía «Caño Rico» y, muy cerca, pequeños pozos donde los niños jugaban.

Una alcabala nos confirmaba que llegábamos a Guayabones. Por fin nos sentíamos cerca de El Vigía. Los policías parecen estar más interesados en los vecinos que en nosotros. Al llegar al punto de control, varios policías cruzaron hacia la derecha, donde comenzamos a ver una pelea de tres hombres a coñazo limpio, que nadie se esforzaba en contener.

Una muchacha observa a un lado de la carretera y mamá le pregunta:

—Buenos días, ¿qué le pasa a esos hombres? ¿Por qué se estarán peleando?

—Ay, señora, pues aquel que está allá, el de azul, es mi papá; el de verde es mi hermano y el otro es mi novio —respondió, acercándose al carro y dejando ver una pequeña barriga.

—¿Será porque estás embarazada? —le pregunta mamá.

—No, vale, ya tengo cuatro meses y todo iba muy bien hasta que mi novio me llamó puta delante de ellos.

En ese momento los policías lograron contener a los agresores y el novio, con la nariz sangrante, se levantó y cruzó la calle justo frente a nosotros.

—¡Humberto! ¡Humberto! —lo llamó ella. El hombre se detuvo en seco frente a ella y le dijo:

—Usted no me llame más, ¿oyó? —le gritó—. En la vida me vuelve a pegar una gonorrea, no joda.

Nosotros nos pusimos en marcha otra vez, a paso lento, pero en silencio.

—Las cosas que uno se pierde por la prisa —dijo mamá—. Yo que pensé que ella era la víctima.

La primera es esa velocidad que sirve para poner el carro en movimiento, llevándolo de cero a veinte kilómetros por hora, aproximadamente. Pero no es una velocidad en la que se debería rodar por tiempo tan prolongado, pues tiende a elevar las revoluciones del motor y recalentarlo. En nuestro caso, el recalentamiento no es problema porque es un motor enfriado por aire. Con suficiente aceite y una buena viscosidad puede rodar muchas horas sin causar problemas. El verdadero problema es conducir tan lento. La mente comienza a cansarse con mayor facilidad, la adrenalina baja y todo es tan pausado que los pensamientos se pierden fácilmente. Entonces cualquier tema puede entrar en la conversación y, de un momento a otro, perder importancia sin mayores explicaciones.

—¿Sabías que yo les escribí una carta a las niñas cuando decidí terminar la relación con su madre? —dije, para romper un silencio que duró casi una hora.

—No, no me habías contado.

—Pues sí. Eso fue en Caracas, después del premio y la presentación de los libros.

—¿Y cómo fue eso? —preguntó ella.

—Bueno, el primer día presenté los libros en la mañana con los autores y mis amigos poetas. La actividad quedó muy bella. Me abrazaron mucho y en la tarde tenía el corazón caliente de nuevo. Me reuní con los amigos. Brindamos por la vida y la poesía.

—Es que tenías mucho tiempo sin salir de la casa —dijo ella.

—Sí, justamente. Ese año me lo pasé metido en la casa. El segundo día sí fue lo del premio y otra vez me encontré con mucha gente. Muchas felicitaciones, abrazos, gestos de cariño.

—Y también tenías mucho tiempo sin recibir afecto —dijo ella.

—Siempre estuvieron las niñas, mamá, pero no es lo mismo. En abril ella había dicho que me quería solo como amigo, pero al mismo tiempo no quería romper y yo le seguí el juego. Ahí la cagué yo.

—Eso sí me lo contaste, hijo. Por eso te dije que te vinieras de una vez a Mérida. Esas son cosas que no se dejan pasar. Si a uno ya no lo quieren, hay que irse. ¿Por qué quedarse en esa relación?

—Por las niñas —le respondí.

—Ni siquiera por las niñas —dijo—. Mira todo lo que pasó después.

El silencio volvió a sentarse de alguna forma entre los dos. Los letreros de Caño Amarillo, Caño Blanco, Caño Caimán, nos pasaron sin mayor novedad bajo un sol que iluminaba los verdes.

—¿Y qué pasó con la carta? —preguntó mamá.

—Ah, verdad. Es una carta pequeña, la tengo por aquí atrás. Yo tenía mucho miedo ese día —dije y metí mi mano

derecha bajo el asiento trasero, buscando la caja donde estaban los cuadernos—. Todavía tengo mucho miedo.

—No te preocupes. Ellas te van a querer siempre. Tú eres su padre, eso no te lo puede quitar nadie.

Abrí la caja y tanteé un poco dentro de ella buscando la libreta más pequeña y rígida, esa que hice pensando en el viaje a Caracas meses atrás. La saqué y en la primera página apareció todo:

—Yo estaba leyendo un libro que me recomendó Meche, la del curso de psicología positiva. Yo estaba muy movido por todo eso y entonces anoté esta cita: «Deja que tu amor lance a tus seres queridos al mundo, y a experimentar plenamente quiénes son. Si haces esto, habrás amado verdaderamente».

—Muy cierto lo que dice esa cita —dijo ella—. Mira lo que pasa en las familias. El hijo más consentido es el más dependiente, el que menos se desarrolla, el que menos crece como persona.

—Así es. Yo anoté esto porque ella me llamó en la mañana para exigirme que regresara. Y yo sentía que estaba atrapado.

—Es que estabas atrapado, eras como de su propiedad, pero ya no te quería.

—Bueno, justamente así comienza la carta, con eso que acabas de decir. Léela:

Cuando me pertenezca, todo será distinto. Me verán jugando con más ánimo. Andaré con toditito yo sobre el mundo y mis brazos estarán para ustedes siempre, sin miedos. Responderé todas las llamadas sin nudos en el estómago. Alegría me llamarás, te llamaré alegría y nos haremos felices porque lo seremos ya cada uno. Cuando tenga que contarte te amaré y te amo, porque tal vez no querré contarte nada. Quizá solo que elegí dormir y andar en paz, pertenecerme y ser mío y para mí, como la mejor forma de estar contigo. Niña mía, eres mi alegría y mi corazón te guarda toda concavidad. Mis brazos llevan

tatuados sus cuerpos y nunca se borrarán sus risas de mis ojos. Ya no dormiré con mami, pero mi cama siempre tendrá espacio para ustedes, mi calor y mi energía vital. Con amor, papá.

Lo que siguió fue otro largo silencio. Nos agarramos de la mano avanzando en primera.

El aviso Caño Arenales no nos decía nada. El Vigía se nos hacía imposible de alcanzar. Los caseríos eran más cercanos entre sí. Pero de vez en cuando podía soltar la primera y dejar al Vocho rodar en bajada, a todo lo que diera. De pronto una gran cantidad de negocios de todo tipo se esparcían a ambos lados de la carretera, pero ni cerca de algo que nos indicara cuánto tardaríamos en llegar a El Vigía. El comienzo de este viaje no fue ayer en la madrugada sino hace cuatro meses, cuando decidí dejar de esperar y comenzar a vivirlo. Y esa vez vivirlo en serio.

—Sabes que en las conversaciones con la psicóloga me recomendó que me quedara solo por un tiempo, sin pareja, para que pudiera reconstruirme.

—Me parece bien, ustedes duraron muchos años juntos. Casi una vida.

— Tres años me dijo Gabriel. Ambos me dijeron que había pasado mucho tiempo con una persona y eso afecta la propia identidad. Uno después no se reconoce.

—Bueno, hijo, lo que tú consideres. Pero sí es bueno que te tomes tu tiempo porque tienes muchas cosas que ordenar en tu vida.

—Prácticamente comenzar de cero otra vez —dije.

—No. De cero no porque tú has hecho un camino y tienes un nombre ya. Si no te conoce todo el mundo, por lo menos mucha gente de tu medio. Aparte, tienes una obra publicada. Tienes premios.

—Sí, es cierto. Ahora comienzo desde uno.

—Y tienes a las niñas, que han sido y seguirán siendo tu motor.

El nudo en la garganta no se hizo esperar y las palabras se quedaron atoradas. Respiré profundo, viendo el fondo de la carretera y pensé en las niñas.

—Una vez papá me regaló una auyama grandísima y pasé como un mes haciendo cosas de auyama para ellas. Tortas, dulces y galletas. Y como no había azúcar era muy bueno porque quedaban bien, por lo menos la mayoría.

—Exacto. Esas cosas debes tenerlas presentes en este nuevo comienzo. Pero más que para entristecerte, para animarte a hacerlo bien. A darles un papá repotenciado.

—También les gusta hacer pijamadas y carpas en la cama. Ver películas y comer cotufas en las pijamadas. También poner un colchón sobre el otro para lanzarse como en un tobogán. Otras veces para pasarse de la cama de arriba a la de abajo, se me encaramaban para que las bajara con una voltereta. Pasaban mucho rato en eso hasta que me dolía la espalda.

Yo reía y lloraba al mismo tiempo. Al ver a mamá, también estaba roja, llorando. No sé por qué somos tan ñoños.

—Mercedes tiene pesadillas y desde que nació no puedo oírla llorar porque me despierto de una vez. A Margarita le gusta que la ponga de cabeza y corra con ella. Jugábamos escondite muchas veces. Me agotaban mucho también, porque

tenía mi trabajo en la casa y ellas querían jugar. No les gusta dormir en la tarde. No siempre. Yo tampoco.

—Así es. Tú eras igualito. Nunca te gustó dormir en las tardes. Por eso yo te llevaba a la universidad y tú te quedabas jugando en el pasillo o dibujando en las clases.

—Yo me acuerdo mucho de eso —dije y recordé esa etapa de esperar a mamá en los pasillos de la universidad. Llegamos a un nuevo aviso, Caño Balsa, y pregunté:

—¿Qué horas serán?

—Ay, déjame ver —dijo y encendió el celular—. Son las cuatro y veinticinco.

—Con razón tengo tanta hambre. Yo pensé que a esta hora ya estaríamos cerca de El Vigía.

—¿Y qué vamos a comer?

—Pues no sé. Esta es una aventura sin plata —le dije—. Pero podemos ver si encontramos frutas por la carretera. Comprar no podemos, pero sí pedir las o si están al alcance. En una plaza, por ejemplo.

Comenzamos a escudriñar los árboles que estaban a la salida del pueblo. La mayoría eran aguacates y mangas. Todos detrás de una cerca o un muro. La mayoría verdes. Llegando a un puente estrecho, una rama cargada de mangos daba a la calle.

—¡Mangos! —grité y detuve el Vocho.

—¡Voy! —dijo ella y se bajó rápido. Tomó solo algunos que estaban en el suelo y regresó al carro.

—¿Cuántos pudiste agarrar? —pregunté.

—Solo estos seis porque la rama estaba muy alta.

—Pero ahora hay que buscar dónde lavarlos.

—No vale, si todavía tenemos agua —dijo y comenzó a lavarlos fuera de la ventana. Me pasó uno y siguió lavando los demás. Luego se comenzó a comer uno.

—¡Llegó el almuerzo! —dije—. ¡Supervivencia en el Vocho!

—Sí, llegó el almuerzo —bromeó ella—. Pero cuando lleguemos tenemos que comer bien.

—Ojalá no nos caigan mal en el estómago.

—Nada que ver, eso no va a pasar. Cancelado y transmutado —dijo y comenzamos a comer.

Llegar a El Vigía era la meta más próxima y ya era tarde. Estábamos ansiosos y cansados. Cuando llegamos a La Blanca me detuve frente a un taller y le pedí a mamá que preguntara cuánto nos cobraría una grúa hasta Mérida. Al regresar me dijo que trescientos dólares. El Vocho estaba valorado en unos quinientos debido a sus defectos y a la situación económica del país. Prácticamente tendría que dejarlo en forma de pago y no era una opción. Ya sentíamos que estábamos cerca, pero no terminábamos de llegar. El Vocho avanzaba lento pero seguro. De pronto, el bosque que rodeaba la carretera se despejó y llegamos al puente sobre el río Chama. Estábamos eufóricos.

—¡Llegamos! ¡Llegamos! —cantaba yo y daba palmaditas al volante.

—¡Yupi! —dijo mamá—. Ya estamos cerca, Vochito. Sí, vamos a llegar.

—Sí, Vochito; ya estamos cerca, negrito. Ya en El Vigía podemos decir que estamos en casa.

—Pero todavía nos falta subir a Mérida —interrumpió ella.

—Todavía falta, pero estamos en casa. Solo falta echar el resto —le dije.

—¿Y tú cómo vas? ¿Tienes sueño?

—¡Qué va! —respondí— Ya en El Vigía, esta adrenalina no me dejará dormir.

—Bueno, vamos a los túneles rápido para seguir hasta la casa. Todavía no tengo señal y no han salido los mensajes de texto —dijo ella—. Además, ya son pasadas las cinco de la tarde.

—Primero vamos a ver si conseguimos gasolina. La última vez esta zona estaba seca, pero tal vez encontremos.

El cielo estaba bastante nublado, pero no había rastros de lluvia en el puente. Entramos al pueblo y al llegar al elevado decidimos continuar derecho. La bomba de gasolina tenía cola, pero estaba cerrada. Tras avanzar varias cuadras sin ver el final de la cola decidimos dar vuelta y regresar rumbo a los túneles.

—Deben quedar como cinco botellas todavía —dije—. Unos diez litros. Con eso podemos llegar por lo menos a Ejido.

—No, hijo, esas se las echamos en la mañana. Ya solo nos quedan las que tenemos aquí —me dijo ella.

—No importa, igual vamos a darle. En el camino pedimos ayuda. Que nos remolquen o nos regalen un litro para continuar. De litro en litro llegamos.

—Aarón tiene familia en El Vigía, pero yo no sé dónde viven —dijo ella—. Y sin señal no tenemos cómo contactarlos. Sería una buena opción si nos quedamos accidentados.

—Pero eso no va a pasar, mamá; ya estamos en camino. ¿Qué horas son?

—Ya son las cinco y catorce.

—Bueno, hasta Mérida es una hora en condiciones normales. Tal vez nos tome el doble o el triple. A las siete u ocho estaremos en casa.

Atravesamos las curvas peligrosas de los túneles a la vertiginosa velocidad de aproximadamente veinte kilómetros por

hora. El tráfico era casi inexistente. Llegamos emocionados al primer túnel. Encendimos las luces y comenzamos a subir sin problema hasta que el Vocho pegó un brinco. Nos miramos sorprendidos y al volver la vista atrás había un hueco en medio del asfalto. Entonces nos echamos a reír.

—Es el colmo llevarse un hueco a esta velocidad —dije.

—El colmo es que haya un hueco en medio de un túnel.

—Oye, verdad. Nosotros porque estamos pegados en primera, pero, ¿cómo harán esos choferes que viajan a toda velocidad por esta vía?

—Por eso es que se matan. Esquivan un hueco se llevan a otro por delante o se salen de la carretera.

—Ahora el tema es que vamos tan lento que el calor se siente más —le dije—. Y no hay mucho oxígeno aquí.

—Verdad, si te mareas o algo me dices.

—Ojalá que no.

—Sí nos han pasado cosas en este viaje —dijo mamá.

—Es que es una aventura. Esto es supervivencia al volante.

—Y una locura también.

El calor se hacía más intenso a medida que nos adentramos en los túneles. En especial en los más largos. Entre uno y otro, la vegetación era rica en helechos, grandes árboles y arbustos. Los derrumbes cubrían parte de la carretera y algunos manantiales de la montaña. Gracias al poco tráfico nos libramos del *smog*. Solo un camión nos pasó dejando una estela de humo que no pudimos evitar. Al salir a Estanques el sol lo cubría todo de luz.

—Son las seis —dijo ella—. Nos tardamos menos de una hora en los túneles.

—Ahora sí, a buscar gasolina —dije, preocupado—. Ya estamos consumiendo los últimos minutos de gasolina. El tanque seguro dura cinco horas y ya las pasamos.

Continuamos hasta la alcabala de la policía en El Anís. Nos preguntaron por la mudanza y preguntamos por la gasolina. La carretera estaba vacía de vendedores. Solo en Los Araques encontramos a dos mujeres vendiendo café y chucherías. Desde ese punto de la carretera se ven muy bien los sembradíos de maíz y caña en las riberas del río Chama.

Mis pensamientos estaban más calmados. Por alguna razón no pensaba tanto en el futuro o en el pasado. En las niñas o en la vida que dejaba atrás. Lo único que pasaba por mi mente era el presente, como si estuviera viviendo una película con un guion improvisado.

—Desde que llegamos a El Vigía no he pensado tanto en las niñas o en el futuro —dije—. Seguro es por la emoción de estar llegando.

—Bueno, y también la presión de tener el carrito malo.

—Cierto. Hay que buscar gasolina.

—Es bueno que aprendas a vivir en el presente.

—Eso me dijo Gabriel: «Un día a la vez». Y esta vez me lo voy a vivir en serio, mamá.

—Y tienes que dominar tus pensamientos. Uno se hace mucho daño sobrepensando las cosas. Las cosas son como son y pasaron como pasaron por algo.

—Gracias, mamá. Esa también es una certeza a estas alturas. Todo pasó como tenía que pasar. De otro modo yo no habría podido salir de esa situación. Porque pasó lo que pasó y cómo pasó.

—Eso mismo —dijo ella—, se liberaron. Tú te abres a algo nuevo y ella también. Y cada uno a su manera y con su libertad de decidir lo que va a hacer.

—Pero nos pudimos ahorrar todo este drama.

—Lo que pasó es perfecto, hijo. Ya vendrán otras historias. Ahora es que queda vida por delante.

El paisaje había cambiado de selvático a xerófito. Las montañas se cubrían de plantas pequeñas, la tierra roja, los cactus y la sábila. Estábamos cerca de Lagunillas. Adelante un aviso azul anunciaba una gasolinera a quinientos metros, luego otro a trescientos y luego uno a cien. Nosotros contamos cada metro antes de ver los techos rojos de la gasolinera. Al llegar, el guardia estaba cerrando la cadena justo frente a nosotros.

—¡Señor guardia! —comencé a gritar desde el carro—. ¡Señor guardia! ¡Estamos accidentados! ¡Estamos accidentados!

El uniformado saltó la cadena y se nos acercó.

—Buenas tardes, señor, señora. Ya cerramos —nos dijo con su acento zuliano y un tono de voz aguda.

—Cónchale, muchacho, es que venimos accidentados —le dijo mamá—. Se nos pegó la primera y tenemos que llegar a Mérida.

—¿Y de dónde vienen?

—Venimos de Coro. Salimos ayer —le contestó ella.

—Ah, broma, vienen de lejos —dijo con sorpresa y rápidamente regresó hacia la entrada, soltó la cadena y nos dejó pasar.

—Por la cola de la derecha —nos dijo.

—Muchas gracias, compa.

—¡Muchas gracias! ¡Muchas gracias! —le decía mamá.

—Nos salvamos, mamá. Ahora sí estamos en Mérida.

—¡Ahora sí! ¡Ahora sí!

Estábamos muy felices. Más bien eufóricos. En la torre de la derecha estaba saliendo un camión y entramos de una vez. El surtidor de gasolina nos pidió que apagáramos el carro. Le explicamos que estábamos accidentados en primera y no insistió.

—Ya son las seis —dijo mamá.

—¡Qué suerte! ¡Dios mío! ¡Gracias, Dios! ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias! —dije y comencé a llorar.

Salimos de la gasolinera mucho antes que los otros y continuamos subiendo. Desde entonces no paramos de hablar.

—¿Cómo estarán todos? —se preguntaba mamá—. Nos esperaban ayer y no hemos podido enviarles ni un mensaje.

—Seguro ellos tampoco tienen electricidad, mamá. Saben que estamos en carretera. Además, las malas noticias vuelan rápido. Si no han sabido de nosotros es porque no nos ha pasado nada.

—Bueno, nada de nada tampoco —dijo y se echó a reír—. En este viaje nos ha pasado de todo. Lo único que no hemos cruzado es un río cargando maletas, como me pasó en el 2010 con la vaguada allá en Falcón.

—Es cierto. Y con muchas paradas de emergencia. Y todavía vamos empujados desde las nueve de la mañana.

—¿No habrán hecho de comer?

—Ojalá, mamá.

—Seguro que sí. A tu hermano le gusta cocinar y se hace unos platos buenísimos con lo que consigue.

—¿En serio? —dije—. Lo que menos me imaginaba era que le gustaría cocinar.

—Sí. Cuando van sus amiguitos él es el que se mete a prepararles cosas. Y le quedan muy buenas. Hace unos días hizo un guiso con zanahorias que le quedó buenísimo. Yo estoy que le dejo la cocina.

—Tocará probar —le dije.

La conversación se extendió en historias sobre mis hermanos y la dieta de calabacín cuando no se conseguía nada para comer. Arepa con calabacín, pasta con calabacín, arroz con calabacín, cambur con calabacín y así. La entrada a Lagunillas estaba solitaria, como nunca antes la habíamos visto. Aquello parecía sacado de una película del lejano oeste. Poco después llegamos a la entrada de San Juan y a la alcabala de Las González, donde varios guardias echaban cuentos y reían a carcajadas. Ya no había tráfico y parecía que éramos los únicos en la vía. Esta vez solo nos miraron por encima del hombro y nos dejaron pasar. Pero unos minutos después, pasando por Lusitanos, nos detuvo un puesto de la policía nacional.

—Estaciónese a la derecha —me dijo una oficial morena—. Papeles del vehículo. Yo le entregué todo, incluyendo la constancia de la mudanza.

—Señorita —le dijo mamá—. Nos podría dejar seguir es que estamos accidentados y tenemos muchas horas...

—Señorita no, oficial —interrumpió la mujer—. Sabe que no puede transitar con esas cosas en el techo.

—No sabía. Pero está bien amarrado todo.

—Eso no tiene nada que ver, señor.

—Pero si ya estamos llegando —intervino mamá—, tenemos dos días viajando y no nos han parado por eso.

—No los han parado, pero no pueden circular así.

—Disculpe la molestia oficial —dije—, venimos llegando de Coro, estado Falcón.

—¿Y viajaron todo el día así? —interrumpió ella.

—Sí, justamente. Desde ayer venimos así.

—¿A qué hora salieron?

—A las cinco de la mañana. Pero el carro nos ha presentado muchos problemas.

—Sí, venimos pegados en primera —dijo mamá.

—Usted hizo su prueba de conducir y sabe que si el vehículo no está apto no debe circular en la vía.

Faltaba poco para llegar a Ejido. Prácticamente ya estábamos en casa. Era una tontería cuando ya estamos llegando a la casa.

—Claro, oficial, pero es una emergencia. Y el carro se dañó fue en la vía. Estamos empujados y el arranque tampoco sirve. Ya estamos llegando.

—Tenemos más de día y medio en la carretera —le dijo mamá.

La oficial se dio vuelta y se acercó a otro policía. Nosotros estábamos preocupados. Era el colmo que nos detuvieran justo llegando a la casa. Todo el proceso de salir, los inconvenientes en la vía, para finalmente ser retenidos por la policía nacional. Luego de conversar un rato con el otro guardia, regresó, me devolvió los papeles y nos dijo:

—Los voy a dejar ir, pero vayan con cuidado por favor. Y ponga el carro en condiciones antes de hacer cualquier viaje.

—Muchas gracias —respondimos y nos pusimos en marcha otra vez.

Estábamos agotados. No teníamos fuerzas para pelear o discutir con nadie. Solo queríamos llegar, comer y dormir. A estas alturas la prioridad era llegar de una buena vez.

—Sería el colmo que nos dejaran aquí —dijo mamá.

—Coño, justo llegando a la casa.

—Pues prácticamente. Y entrando la noche.

—¿Qué hora es? —le pregunté.

—El celular se apagó ya —me respondió—. Aguantó mucho más bien.

—Deben ser como las siete y algo. Yo lo que quiero es dormir. Me duele la espalda ya y las piernas.

—Son dos días sentado en este carro.

—Bueno, pero el Vochito nos trajo —dije.

—Sí, se portó bien y nos trajo con todo y mudanza.

Al llegar a Ejido había luz en los postes y los semáforos servían. Era la primera señal de electricidad desde que salimos. Atravesamos Centenario y subimos por Pan de Azúcar, donde encendimos las luces del Vocho por la poca iluminación de este tramo. Al llegar a Mérida la electricidad variaba de un sector a otro. Las calles estaban casi vacías. Pocos carros circulaban y los semáforos estaban de adorno por el poco tráfico. Subimos toda la avenida Andrés Bello, preocupados por quienes nos esperaban.

Cruzando por Las Tapias, recordé a las niñas. Tenía dos días sin verlas y tal vez no podría comunicarme con ellas. Tampoco les había dicho que viajaría. Faltaba poco para Semana Santa y quería regresar a estar con ellas, pero ahora el carro estaba averiado. El corazón se me arrugó y las lágrimas se me salieron solas. Recordé los últimos días con ellas. Las largas caminatas de una casa a la otra y las paradas en el parque.

—Hace unas semanas —le conté a mamá— me dieron la cola para la escuela los padres de una compañerita de Mercedes. Me dijeron que ellos me conocían de cuando estábamos en la universidad y yo publicaba esa hoja de poesía. Que estaban felices de que nuestras hijas estudiaran juntas. Ese día había entregado mi renuncia a la universidad y me había despedido. Era un día de despedidas. Y ese encuentro fue como un agradecimiento indirecto de esa ciudad.

—Viviste muchas cosas allá, hijo. Mucha gente te recuerda bonito y seguro te valoran. Pronto regresarás mejor a estar

con las niñas y reconectarte con tus amigos. Y con eso que construiste ahí.

Cuando comenzamos a bajar la cuesta hacia la casa ya no había luz. Las estrellas se veían otra vez con intensidad. No había forma de avisar, pero sabíamos que estarían esperando por nosotros. Cruzamos el puente de guerra y entramos a la urbanización por la calle de arriba. Al llegar a la vereda tocamos la corneta varias veces y apagamos el carro. Antes de bajarnos ya estaban alrededor de nosotros. Todo era una algarabía. Alegría en los rostros. Abrazos por todos lados.

—¿Qué hora es? —preguntó mamá.

—Son las ocho y diez —respondió Kiko—. Desde ayer los estamos esperando.

—Cada vez que bajaba un carro veíamos la luz en la montaña y pensábamos que eran ustedes —contó Chico—. Hoy dijimos esos son ellos, y cuando entraron a la urbanización el carro hacía tanto ruido que dijimos: llegaron.

—Tenemos mucha hambre, pero hay que bajar las cosas y guardar el carro —fue lo primero que alcancé a decir.

—A eso vinimos nosotros —me respondió José—. A ayudar.

En dos paseos descargamos el Vocho. Kiko, Chico, Aarón, José y yo vaciamos maletero, techo y asiento trasero. Aarón me acompañó a guardar el carro y me puso al día con las últimas novedades. La electricidad comenzó a llegar de a poco. Primero tres horas al día, luego cuatro y ahora en intervalos de seis horas.

Los días siguientes nos dedicamos a reparar la caja de velocidades con la ayuda de todos en la casa, como predijo mamá. El plan era regresar, pero cada vez que agarrábamos carretera se accidentaba con algún problema diferente. Así de renuncié a insistir y me dediqué a recuperar las horas de sueño; a respetar este nuevo ciclo de regulación eléctrica, con intervalos de seis horas. Porque la vida tal vez también

se sucede en intervalos de luz donde podemos verlo todo y oscuridad donde solo podemos levantar la mirada y ver las estrellas. Las cosas que más usamos adquieren nuestra energía. En esta etapa yo estoy golpeado, como el Vocho, y solo puedo vivir un día a la vez, como él, en primera.

En primera

Se imprimió en el mes de noviembre de 2023
en la Imprenta Bicentenario de Carabobo
Caracas, Distrito Capital, Venezuela
Son 1.000 ejemplares



• Colección CONTINENTES •

Una emotiva novela de acciones marcadamente cinematográficas, en la que una mudanza es el escenario del absurdo, la tensión, el patetismo y la ternura de un héroe poco común en la literatura venezolana: un padre desmoronado por la desintegración familiar. Este relato íntimo compone a la perfección un libro de viaje, la ventana de un Volkswagen que viaja a 20 kilómetros por hora sirve de observatorio a un país en crisis y a los profundos planteamientos humanos de personajes en situaciones adversas. Novela atractiva, hilarante y creativa para presentar un drama común a nuestra sociedad y que termina siendo profundamente esperanzadora.

ENNIO TUCCI (Mérida, 1986). Escritor y editor venezolano. Premio “Luis Britto García” del Consejo Municipal de Caracas por su libro “No se estacione” (2014); como editor el Premio Nacional del Libro menciones: *Libro Artesanal* (2012-2013) y *Sitio Web* que promueve el libro y la lectura (2016-2017); ganador del Concurso *Rafael José Álvarez* de la Universidad Francisco de Miranda en sus menciones poesía y cuento (2007 y 2009). Autor de los poemarios “*Tiran piedras los niños*” (2009), “*A quién hay que matar para vivir*” (2012), “*No se estacione*” (2014) y “*Sin decir árbol*” (2019). Actualmente dirige Ediciones Madriguera y el Fondo Editorial Carmen Delia Bencomo del IBIME en Mérida.



Ministerio del Poder Popular para la Cultura

